

DON GIL DE LAS CALZAS VERDES

Tirso de Molina

Personas que hablan en ella:

- Doña JUANA
- Don DIEGO
- Don MARTÍN
- Don ANTONIO
- Doña INÉS
- CELIO
- Don PEDRO, viejo
- FABIO
- Doña CLARA
- DECIO
- Don JUAN
- VALDIVIESO, escudero
- QUINTANA, criado
- AGUILAR, paje
- CARAMANCHEL, lacayo
- UN ALGUACIL
- OSORIO
- MÚSICOS

ACTO PRIMERO

Sale Doña JUANA de hombre con calzas y vestido todo verde, y QUINTANA, criado

QUINTANA: Ya que a vista de Madrid
y en su Puente Segoviana
olvidamos, doña Juana,
huertas de Valladolid,
Puerta del Campo, Espolón,
puentes, galeras, Esgueva,
con todo aquello que lleva,
por ser como inquisición
de [la] pinciana nobleza,
pues cual brazo de justicia,
desterrando su inmundicia
califica su limpieza;
ya que nos traen tus pesares
a que desta insigne puente
veas la humilde corriente
del enano Manzanares,
que por arenales rojos
corre, y se debe correr,
que en tal puente venga a ser
lágrima de tantos ojos;
¿no sabremos qué ocasión
te ha traído desa traza?
¿Qué peligro te disfraza
de damisela en varón?

JUANA: Por agora no, Quintana.

QUINTANA: Cinco días hace hoy
que mudo contigo voy.
Un lunes por la mañana
en Valladolid quisiste
fiarte de mi lealtad:
dejaste aquella ciudad;
a esta Corte te partiste,
quedando sola la casa
de la vejez que te adora,
sin ser posible hasta agora
saber de ti lo que pasa,
por conjurarme primero
que no examine qué tienes,
por qué, cómo o dónde vienes,
y yo, humilde majadero,
callo y camino tras ti
haciendo más conjeturas
que un matemático a oscuras.
¿Dónde me llevas así?
Aclara mi confusión
si a lástima te he movido,
que si contigo he venido,

fue tu determinación
 de suerte que, temeroso
 de que, si sola salías,
 a riesgo tu honor ponías,
 tuve por más provechoso
 seguirte y ser de tu honor
 guardajoyas, que quedar,
 yéndote tú, a consolar
 las congojas de señor.

Ten ya compasión de mí,
 que suspensa el alma está
 hasta saberlo.

JUANA: Será
 para admirarte. Oye.

QUINTANA: Di.

JUANA: Dos meses ha que pasó
 la pascua, que por abril
 viste bizarra los campos
 de felpas y de tabís,
 cuando a la puente, que a medias
 hicieron, a lo que oí,
 Pero Anzures y su esposa,
 va todo Valladolid.
 Iba yo con los demás,
 pero no sé si volví,
 a lo menos con el alma,
 que no he vuelto a reducir,
 porque junto a la Vitoria
 un Adonis bello vi
 que a mil Venus daba amores
 y a mil Martes celos mil.
 Dióme un vuelto el corazón,
 porque amor es alguacil
 de las almas, y temblé
 como a la justicia vi.
 Tropecé, si con los pies,
 con los ojos al salir,
 la libertad en la cara,
 en el umbral un chapín.
 Llegó, descalzado el guante,
 una mano de marfil
 a tenerme de su mano.
 ¡Qué bien me tuvo! ¡Ay de mí!
 Y diciéndome: "Señora,
 tened; que no es bien que así
 imite al querub soberbio
 cayendo, tal serafín",
 un guante me llevó en prendas
 del alma, y si he de decir
 la verdad, dentro del guante
 el alma que le ofrecí.
 Toda aquella tarde corta,
 digo corta para mí,
 que aunque las de abril son largas
 mi amor no las juzgó así,
 bebió el alma por los ojos
 sin poderse resistir
 el veneno que brindaba

su talle airoso y gentil.
Acostóse el sol de envidia,
y llegóse a despedir
de mí al estribo de un coche
adonde supo fingir
amores, celos, firmezas,
suspirar, temer, sentir
ausencias, desdén, mudanzas
y otros embelecocos mil,
con que, engañándome el alma,
Troya soy, si Scitia fui.
Entré en casa enajenada:
si amaste, juzga por ti
en desvelos principiantes
qué tal llegué. No dormí,
no sosegué; parecióme
que olvidado de salir
el sol ya se desdeñaba
de dorar nuestro cenit.
Levantéme con ojeras
desojada, por abrir
un balcón, de donde luego
mi adorado ingrato vi.
Aprestó desde aquel día
asaltos para batir
mi libertad descuidada.
Dio en servirme desde allí;
papeles leí de día,
músicas de noche oí,
joyas recibí, y ya sabes
qué se sigue al recibir.
¿Para qué te canso en esto?
En dos meses don Martín
de Guzmán, que así se llama
quien me obliga a andar ansí,
allanó dificultades
tan arduas de resistir
en quien ama, cuanto amor
invencible todo ardid.
Dióme palabra de esposo,
pero fue palabra en fin
tan pródiga en las promesas
como avara en el cumplir.
Llegó a oídos de su padre,
debióselo de decir
mi desdicha nuestro amor,
y aunque sabe que nací
si no tan rica, tan noble,
el oro, que es sangre vil
que califica interés,
un portillo supo abrir
en su codicia. ¡Qué mucho,
siendo él viejo, y yo infeliz!
Ofrecióse un casamiento
de una doña Inés, que aquí
con setenta mil ducados
se hace adorar y aplaudir.
Escribió su viejo padre
al padre de don Martín
pidiéndole para yerno.

No se atrevió a dar el sí
claramente por saber
que era forzoso salir
a la causa mi deshonra.
Oye una industria civil:
previno postas el viejo
y hizo a mi esposo partir
a esta Corte, toda engaños;
ya, Quintana, está en Madrid.
Díjole que se mudase
el nombre de don Martín,
atajando inconvenientes,
en el nombre de don Gil,
porque, si de parte mía
viniese en su busca aquí
la justicia, deslumbrase
su diligencia este ardid.
Escribió luego a don Pedro
Mendoza y Velasteguí,
padre de mi opositora,
dándole en él a sentir
el pesar de que impidiese
la liviandad juvenil
de su hijo el concluirse
casamiento tan feliz,
que por estar desposado
con doña Juana Solís,
si bien noble, no tan rica
como pudiera elegir,
enviaba en su lugar
y en vez de su hijo a un don Gil
de no sé quién, de lo bueno
que ilustra a Valladolid.
Partióse con este embuste;
mas la sospecha, adalid,
lince de los pensamientos
y Argos cauteloso en mí,
adivinó mis desgracias,
sabiéndolas descubrir
el oro, que dos diamantes
bastante[s] son para abrir
secretos de cal y canto.
Supe todo el caso, en fin,
y la distancia que hay
del prometer al cumplir.
Saqué fuerzas de flaqueza,
dejé el temor femenino,
dióme alientos el agravio,
y de la industria adquirí
la determinación cuerda,
porque pocas veces vi
no vencer la diligencia
cualquier fortuna infeliz.
Disfracéme como ves
y, fiándome de ti,
a la fortuna me arrojé
y al puerto pienso salir.
Dos días ha que mi amante,
cuando mucho, está en Madrid;
mi amor midió sus jornadas.

¿Y quién duda, siendo ansí,
 que no habrá visto a don Pedro
 sin primero prevenir
 galas con que enamorar
 y trazas con que mentir?
 Yo, pues que he de ser estorbo
 de su ciego frenesí,
 a vista tengo de andar
 de mi ingrato don Martín,
 malogrando cuanto hiciere;
 el cómo, déjalo a mí.
 Para que no me conozca,
 que no hará, vestida ansí,
 falta sólo que te ausentes,
 no me descubran por ti.
 Vallecas dista una legua:
 disponte luego a partir
 allá, que de cualquier cosa,
 o próspera o infeliz,
 con los que a vender pan vienen
 de allá, te podré escribir.

QUINTANA: Verdaderas has sacado
 las fábulas de Merlín;
 No te quiero aconsejar.
 Dios te deje conseguir
 el fin de tus esperanzas.

JUANA: Adiós.

QUINTANA: ¿Escribirás?

JUANA: Sí.

Vase [QUINTANA]. Sale CARAMANCHEL, lacayo

CARAMANCHEL: Pues para fiador no valgo,
 sal acá, bodegonero,
 que en esta puente te espero.

JUANA: ¡Hola! ¿Qué es eso?

CARAMANCHEL: Oye, hidalgo:
 eso de "hola," al que a la cola
 como contera le siga
 y a las doce sólo diga:
 "olla, olla" y no "hola, hola".

JUANA: Yo, que "hola" agora os llamo,
 daros esotro podré.

CARAMANCHEL: Perdóneme, pues, usté.

JUANA: ¿Buscáis amo?

CARAMANCHEL: Busco un amo;
 que si el cielo los lloviera
 y las chinches se tornaran
 amos, si amos pregonaran
 por las calles, si estuviera
 Madrid de amos empedrado
 y ciego yo los pisara,
 nunca en uno tropezara,
 según soy de desdichado.

JUANA: ¿Qué tantos habéis tenido?

CARAMANCHEL: Muchos, pero más inormes,
 que Lazarillo de Tormes.
 Un mes serví no cumplido
 a un médico muy barbado,
 belfo, sin ser alemán,
 guantes de ámbar, gorgorán,
 mula de felpa, engomado,
 muchos libros, poca ciencia,
 pero no se me lograba
 el salario que me daba,
 porque con poca conciencia
 lo ganaba su mercé,
 y huyendo de tal azar
 me acogí con Cañamar.

JUANA: ¿Mal lo ganaba? ¿Por qué?

CARAMANCHEL: Por mil causas: la primera,
 porque con cuatro aforismos,
 dos textos, tres silogismos,
 curaba una calle entera.

No hay facultad que más pida
 estudios, libros galenos,
 ni gente que estudie menos,
 con importarnos la vida.

Pero, ¿cómo han de estudiar,
 no parando en todo el día?

Yo te diré lo que hacía
 mi médico. Al madrugar,
 almorzaba de ordinario
 una lonja de lo añejo,
 porque era cristiano viejo,
 y con este letuario

"aqua vitis," que es de vid,
 visitaba sin trabajo,
 calle arriba, calle abajo,
 los egrotos de Madrid.

Volvíamos a las once;
 considere el pío lector
 si podría el mi doctor,
 puesto que fuese de bronce,
 harto de ver orinales
 y fístulas, revolver
 Hipócrates y leer
 las curas de tantos males.

Comía luego su olla,
 con un asado manido,
 y después de haber comido,
 jugaba cientos o polla.

Daban las tres y tornaba
 a la médica atahona,
 yo la maza y él la mona,
 y cuando a casa llegaba,
 ya era de noche. Acudía
 al estudio, deseoso,
 aunque no era escrupuloso,
 de ocupar algo del día
 en ver los expositores
 de sus Rasis y Avicenas;
 asentábase y apenas
 ojeaba dos autores,
 cuando doña Estefanía

gritaba: "Hola, Inés, Leonor,
id a llamar al doctor,
que la cazuela se enfría."

Respondía él: "En un hora
no hay que llamarme a cenar;
déjenme un rato estudiar.

Decid a vuestra señora
que le ha dado garrotillo
al hijo de tal condesa,
y que está la ginovesa,
su amiga, con tabardillo,
que es fuerza mirar si es bueno
sangrarla estando preñada,
que a Dioscórides le agrada,
mas no lo aprueba Galeno."

Enfadábase la dama,
y entrando a ver su doctor,
decía: "Acabad, señor.
cobrado habéis harta fama,
y demasiado sabéis
para lo que aquí ganáis.
Advertid, si así os cansáis,
que presto os consumiréis.

Dad al diablo a los Galenos,
si os han de hacer tanto daño.
¿Qué importa al cabo del año
veinte muertos más o menos?"

Con aquestos incentivos
el doctor se levantaba;
los textos muertos cerraba
por estudiar en los vivos.

Cenaba yendo en ayunas
de la ciencia que vio a solas,
comenzaba en escarolas,
acababa en aceitunas.

Y acostándose repleto,
al punto del madrugar
se volvía a visitar
sin mirar ni un quodlibeto.

Subía a ver al paciente,
decía cuatro chanzonetas,
escribía dos recetas
destas que ordinariamente
se alegan sin estudiar,
y luego los embaucaba
con unos modos que usaba
extraordinarios de hablar.

"La enfermedad que le ha dado,
señora, a vueseñoría,
son flatos y hipocondría;
siento el pulmón opilado,
y para desarraigar
las flemas vítreas que tiene
con el quilo, le conviene,
porque mejor pueda obrar
naturaleza, que tome
unos alquermes que den
al hégate y al esplén
la sustancia que el mal come."

Encajábanle un doblón,

y asombrados de escucharle
no cesaban de adularle
hasta hacerle un Salomón.

Y juro a Dios que teniendo
cuatro enfermos que purgar,
le vi un día trasladar,
no pienses que estoy mintiendo,
de un antiguo cartapacio
cuatro purgas que llevé
escritas, fuesen o no
a propósito, a palacio,
y recetada la cena
para el que purgarse había,
sacaba una y le decía:
"Dios te la depare buena."

¿Parécele a vuesasté
que tal modo de ganar
se me podía a mí lograr?
Pues por esto le dejé.

JUANA: ¡Escrupuloso criado!

CARAMANCHEL: Acomodéme después
con un abogado que es
de las bolsas abogado,
y enfadóme que, aguardando
mil pleiteantes que viese
sus procesos, se estuviese
catorce horas enrizando
el bigotismo, que hay trazas
dignas de un jubón de azotes.
Unos empinabigotes
hay a modo de tenazas
con que se engoma el letrado
la barba que en punta está.
¡Miren qué bien que saldrá
un parecer engomado!

Dejéle, en fin que estos tales,
por engordar alguaciles,
miran derechos civiles
y hacen tuertos criminales.

Serví luego a un clerigón
un mes, pienso que no entero,
de lacayo y despensero.

Era un hombre de opinión:

su bonetazo calado,
lucio, grave, carilleno,
mula de veintidoseno,
el cuello torcido a un lado
y hombre, en fin, que nos mandaba

a pan y agua ayunar
los viernes por ahorrar
la pitanza que nos daba,
y él comiéndose un capón,
que tenía con ensanchas
la conciencia, por ser anchas
las que teólogas son,

quedándose con los dos
alones cabeceando,

decía, al cielo mirando:

"¡Ay, ama, qué bueno es Dios!"

Dejéle, en fin, por no ver

santo que tan gordo y lleno
nunca a Dios llamaba bueno
hasta después de comer.

Luego entré con un pelón
que sobre un rocín andaba,
y aunque dos reales me daba
de ración y quitación,

si la menor falta hacía,
por irremisible ley,
olvidando el "Agnus dei,
quitolis ración" decía.

Quitábame de ordinario
la ración, pero el rocín
y su medio celemín
alentaban mi salario,
vendiendo sin redención
la cebada que le hurtaba
con que yo ración llevaba,
y el rocín la quitación.

Serví a un moscatel, marido
de cierta doña Mayor,
a quien le daba el señor
por uno y otro partido

comisiones, que a mi ver
el proveyente cobraba,
pues con comisión quedaba
de acudir a su mujer.

Si te hubiera de contar
los amos que en varias veces
serví y andan como peces
por los golfos deste mar,
fuera un trabajo excusado.
Bástete el saber que estoy
sin comodo el día de hoy
por mal acondicionado.

JUANA: Pues si das en coronista
de los diversos señores
que se extreman en humores,
desde hoy me pon en tu lista,
porque desde hoy te recibo
en mi servicio.

CARAMANCHEL: ¡Lenguaje
nuevo! ¿Quién ha visto paje
con lacayo?

JUANA: Yo no vivo
sino sólo de mi hacienda,
ni paje en mi vida fui.
Vengo a pretender aquí
un hábito o encomienda,
y porque en Segovia de
malo a un mozo, he menester
quien me sirva.

CARAMANCHEL: ¿A pretender
entráis mozo? Saldréis viejo.

JUANA: Cobrando voy afición
a tu humor,

CARAMANCHEL: Ninguno ha habido,
de los amos que he tenido,
ni poeta ni capón;
parecéisme lo postrero,

y así, señor, me tened
por criado, y sea a merced,
que medrar mejor espero
que sirviéndoos a destajo,
en fe de ser yo tan fiel.

JUANA: ¿Llámaste?

CARAMANCHEL: Caramanchel,
porque nací en el de Abajo.

JUANA: Aficionándome vas
por lo airoso y lo sutil.

CARAMANCHEL: ¿Cómo os llamáis vos?

JUANA: Don Gil.

CARAMANCHEL: ¿Y qué más?

JUANA: Don Gil no más.

CARAMANCHEL: Capón sois hasta en el nombre,
pues si en ello se repara,
las barbas son en la cara
lo mismo que el sobrenombre.

JUANA: Agora importa encubrir
mi apellido. ¿Qué posada
conoces limpia y honrada?

CARAMANCHEL: Una te haré prevenir
de las frescas y curiosas
de Madrid.

JUANA: ¿Hay ama?

CARAMANCHEL: Y moza.

JUANA: ¿Cosquillosa?

CARAMANCHEL: Y que retoza.

JUANA: ¿Qué calle?

CARAMANCHEL: De las Urosas.

JUANA: Vamos... (Que noticia llevo **Aparte**
de la casa donde vive
don Pedro. Madrid, recibe
este forastero nuevo
en tu amparo).

CARAMANCHEL: ¡Qué bonito
que es el tiple moscatel!

JUANA: ¿No venís, Caramanchel?

CARAMANCHEL: Vamos, señor don Gilito.

**[Vanse.] Salen don PEDRO, viejo, leyendo una carta,
don MARTÍN, y OSORIO**

PEDRO: **(Lee)** "Digo, en conclusión, que don Martín, si fuera
tan cuerdo como mozo, hiciera dichosa mi
vejez trocando nuestra amistad en parentesco. Ha dado
palabra a una dama desta ciudad, noble y hermosa,
pero pobre; y ya vos veis en los tiempos presentes lo
que pronostican hermosuras sin hacienda. Llegó
este negocio a lo que suelen los de su especie, a
arrepentirse él y a ejecutarle ella por la
justicia. Ponderad vos lo que sentirá quien pierde
vuestro deudo, vuestra nobleza y vuestro mayorazgo, con tal
prenda como mi señora doña Inés.
Pero ya que mi suerte estorba tal ventura, tenelda a no

pequeña, que el señor don Gil de Albornoz, que ésta lleva, esté en estado de casarse y deseoso de que sea con las mejoras que en vuestra hija le he ofrecido. Su sangre, discreción, edad y mayorazgo, que heredará brevemente de diez mil ducados de renta, os pueden hacer olvidar el favor que os debo, y dejarme a mí envidioso. La merced que le hiciéredes recibiré en lugar de don Martín, que os besa las manos. Dadme muchas y buenas nuevas de vuestra salud y gusto, que el cielo aumente, etc. Valladolid y julio, etc.
DON ANDRÉS DE GUZMÁN."

Seáis, señor, mil veces bien venido para alegrar aquesta casa vuestra, que para comprobar lo que he leído sobra el valor que vuestro talle muestra. Dichosa doña Inés hubiera sido si para ennoblecer la sangre nuestra prendas de don Martín con prendas más regocijara mis postreros días.

Ha muchos años que los dos tenemos recíproca amistad, ya convertida en natural amor, que en los extremos de la primera edad, tarde se olvida. No pocos ha también que no nos vemos, a cuya causa en descansada vida quisiera yo, comunicando prendas, juntar como las almas, las haciendas.

Pero pues don Martín inadvertido hace imposible el dicho casamiento, que vos en su lugar hayáis venido, señor don Gil, me tiene muy contento. No digo que mejora de marido mi Inés, que al fin será encarecimiento de algún modo en agravio de mi amigo, mas que lo juzgo creed, si no lo digo.

MARTÍN: Comenzáis de manera a aventajaros en hacerme merced, que temeroso, señor don Pedro, de poder pagaros aun en palabras que en el generoso son prendas de valor, para envidiaros en obras y en palabras vitorioso, agradezco callando y [mudo] nuestro que no soy mío ya porque soy vuestro.

Deudos tengo en la Corte, y muchos dellos títulos, que podrán daros noticia de quién soy, si os importa conocellos, que la suerte me fue en esto propicia. Aunque si os informáis, de los cabellos quedará mi esperanza que codicia lograr abrazos y cumplir deseos, abreviando noticias y rodeos.

Fuera de que mi padre, que quisiera darme en Valladolid esposa a gusto más de su edad que [a] mi elección, me espera por puntos, y si sabe que a disgusto suyo me caso aquí, de tal manera lo tiene de sentir, que si del susto destas nuevas no muere, ha de estorbarme

la dicha que en secreto podéis darme.
 PEDRO: No tengo yo en tan poco de mi amigo
 el crédito y estima, que no sobre
 su firma sola, sin buscar testigo
 por quien vuestro valor alientos cobre.
 Negociado tenéis para conmigo,
 y aunque un hidalgo fuérades tan pobre
 como el que más, a doña Inés os diera
 si don Andrés por vos intercediera.

[Habla don MARTÍN] a OSORIO aparte

MARTÍN: (El embeleco, Osorio, va excelente.)

[Aparte a él]

OSORIO: Aprieta con la boda antes que venga
 doña Juana a estorbarlo.

MARTÍN: Brevemente
 mi diligencia hará que efeto tenga.)

PEDRO: No quiero que cojamos de repente,
 don Gil, a doña Inés, sin que prevenga
 la prudencia palabras para el susto
 que suele dar un no esperado gusto.

Si verla pretendéis, irá esta tarde
 a la Huerta del Duque convidada,
 y sin saber quién sois haréis alarde
 de vuestra voluntad.

MARTÍN: ¡Oh, prenda amada!
 Camine el sol porque otro sol aguarde
 y deteniendo el [paso] a su jornada
 haga inmóvil [la] luz, para que sea
 eterno el día que sus ojos vea.

PEDRO: Si no tenéis posada prevenida
 y ésta merece huésped tan honrado,
 recibiré merced.

MARTÍN: Apercebida
 está cerca de aquí, según me han dado
 noticia, la de un primo; aunque la vida,
 que en ésta sus venturas ha cifrado,
 hiciera aquí de su contento alarde.

PEDRO: En la huerta os espero.

MARTÍN: El cielo os guarde.

Vanse. Salen INÉS y don JUAN

INÉS: En dando tú en recelar,
no acabaremos hogaño.

JUAN: Mucho deseas acabar.

INÉS: Pesado estás hoy y extraño.

JUAN: ¿No ha de pesar un pesar?
No vayas hoy, por mi vida
si es que te importa, a la huerta.

INÉS: Si mi prima me convida...

JUAN: Donde no hay voluntad cierta
no falta excusa fingida.

INÉS: ¿Qué disgusto se te sigue
de que yo vaya?

JUAN: Parece
que el temor que me persigue
triste suceso me ofrece
sin que mi amor le mitigue.
Pero en fin, ¿te determinas
de ir allá?

INÉS: Ve tú también
y verás cómo imaginas
de mi firmeza no bien.

JUAN: Como en mi alma predominas,
obedecerte es forzoso.

INÉS: Celos y escrúpulos son
de una especie, y un curioso

Sale don [PEDRO] al paño

duda de la salvación,
don Juan, del escrupuloso.
Tú solamente has de ser
mi esposo; ve allá a la tarde.

PEDRO: (¡Su esposo! ¿Cómo?)

JUAN: A temer
voy. Adiós.

INÉS: Él te me guarde.

Vase don JUAN

PEDRO: Inés.

INÉS: Señor, ¿es querer
decirme que tome el manto?
Aguardándome estará
mi prima.

PEDRO: Mucho me espanto
de que des palabra ya
de casarte. ¿Tiempo tanto
ha que dilato el ponerte
en estado? ¿Tantas canas

peinas, que osas atreverte
a dar palabras livianas
con que apresures mi muerte?
¿Qué hacía don Juan aquí?

INÉS: No te alteres, que no es justo;
que yo palabra le di,
presuponiendo tu gusto,
y no pierdes, siendo ansí,
nada en que don Juan pretenda
ser tu yerno, si el valor
sabes que ilustra su hacienda.

PEDRO: Esposo tienes mejor;
detén al deseo la rienda.
No te pensaba dar cuenta
tan presto de lo que trazo,
pero con tal prisa intenta
cumplir tu apetito el plazo,
no sé si diga en tu afrenta,
que, aunque mude intento, quiero
atajarla. Aquí ha venido
un bizarro caballero,
[que es muy] rico, y bien nacido,
de Valladolid. Primero
que le admitas le verás.
Diez mil ducados de renta
hereda y espera más,
y corre ya por mi cuenta
el sí que a don Juan le das.

INÉS: ¿Faltan hombres en Madrid
con cuya hacienda y apoyo
me cases sin ese ardid?
¿No es mar Madrid? ¿No es arroyo
deste mar Valladolid?
Pues por un arroyo, ¿olvidas
del mar los ricos despojos?
¿O es bien que mi gusto impidas,
y entrando amor por los ojos,
dueño me ofrezcas de oídas?
Si la codicia civil
que a toda vejez infama
te vence, mira que es vil
defeto. ¿Cómo se llama
ese hombre?

PEDRO: Don Gil.

INÉS: ¿Don Gil?
¿Marido de villancico?
¿Gil? ¡Jesús, no me le nombres!
Ponle un cayado y pellico.

PEDRO: No repares en los nombres
cuando el dueño es noble y rico;
tú le verás, y yo sé
que has de volver esta noche
perdida por él.

INÉS: Sí haré.

PEDRO: Tu prima aguarda en el coche
a la puerta.

INÉS: Ya no iré
con el gusto que entendí.
Dénme un manto.

PEDRO: Allá ha de estar,

que yo se lo dije así.
 INÉS: ¿Con Gil me quieren casar?
 ¿Soy yo Teresa? ¡Ay de mí!

Vanse. Sale doña JUANA de hombre

JUANA: A esta huerta he sabido que don Pedro
 trae a su hija, doña Inés, y en ella
 mi don Martín ingrato piensa vella.
 Dichosa he sido en descubrir tan presto
 la casa, los amores y el enredo,
 que no han de conseguir, si de mi parte,
 Fortuna, mi dolor puede obligarte.
 En casa de mi opuesta he ya obligado
 a quien me avise siempre; darle quiero
 gracias destos milagros al dinero.

Sale CARAMANCHEL

CARAMANCHEL: Aquí dijo mi amo hermafrodita
 que me esperaba, y vive Dios, que pienso
 que es algún familiar que en traje de hombre
 ha venido a sacarme de jüicio,
 y en siéndolo, doy cuenta al Santo Oficio.
 JUANA: ¿Caramanchel?
 CARAMANCHEL: Señor, [muy] benvenuto.
 ¿Adónde bueno o malo por el Prado?
 JUANA: Vengo a ver a una dama por quien bebo
 los vientos.
 CARAMANCHEL: ¿Vientos bebes? Mal despacho;
 barato es el licor mas no borracho.
 ¿Y tú la quieres bien?
 JUANA: La adoro.
 CARAMANCHEL: Bueno,
 no os haréis, a lo menos, mucho daño,
 que en el juego de amor, aunque os déis priesa,
 si de la barba llego a colegillo,
 nunca haréis chilindrón más capadillo.
 Mas ¿qué música es ésta?
 JUANA: Los que vienen
 con mi dama serán, que convidada
 a este paraíso, es ángel suyo.
 Retírate y verás hoy maravillas.
 CARAMANCHEL: ¿Hay cosa igual, capón y con cosquillas?

***[Salen los] MÚSICOS cantando, Don JUAN,
 Doña INÉS, y Doña CLARA como de campo***

MÚSICOS: "Alamicos del Prado,
fuentes del Duque,
despertad a mi niña
porque me escuche,
y decid que compare
con sus arenas
sus desdenes y gracias,
mi amor y penas,
y pues vuestros arroyos
saltan y bullen,
despertad a mi niña
porque me escuche."

CLARA: ¡Bello jardín!
INÉS: Estas parras,
destos álamos doseles,
que a los cuellos, cual joyeles,
entre sus hojas bizarras
traen colgando los racimos,
nos darán sombra mejor.
JUAN: Si alimenta Baco a Amor,
entre sus frutos opimos
no se hallará mal el mío.
INÉS: Siéntate aquí, doña Clara
y en esta fuente repara,
cuyo cristal puro y frío
besos ofrece a la sed.
JUAN: En fin, ¿quisiste venir
a esta huerta?
INÉS: A desmentir,
señor, a vuesa merced
y examinar mi firmeza.
JUANA: ¿No es mujer bella?
CARAMANCHEL: El dinero
no lo es tanto, aunque prefiero
a la suya tu belleza.
JUANA: Pues por ella estoy perdido.
Hablarla quiero.
CARAMANCHEL: Bien puedes.

Se acerca [doña JUANA]

JUANA: Besando a vuestas mercedes
las manos, licencia pido,
por forastero siquiera,
para gozar el recreo
que aquí tan colmado veo.
CLARA: Faltando vos, no lo fuera.
INÉS: ¿De dónde es vuesa merced?
JUANA: En Valladolid nací.
INÉS: ¿Cazolero?

JUANA: Tendré así
más sazón.

INÉS: Don Juan, haced
lugar a este caballero.

JUAN: Pues que mi lado le doy,
con él cortesano estoy.
(Ya de celos desespero.) **Aparte**

INÉS: (¡Qué airoso y gallardo talle! **Aparte**
¡Qué buena cara!)

JUAN: (¡Ay de mí! **Aparte**
¿Mírale doña Inés? Sí.
¡Qué presto empiezo a envidialle!)

INÉS: ¿Y que es de Valladolid
vuesarced? ¿Conocerá
un don Gil, también de allá,
que vino agora a Madrid?

JUANA: ¿Don Gil de qué?

INÉS: ¿Qué sé yo?
¿Puede haber más que un don Gil
en todo el mundo?

JUANA: ¿Tan vil
es el nombre?

INÉS: ¿Quién creyó
que un "don" fuera guarnición
de un "Gil," que siendo zagal
anda rompiendo sayal
de villancico en canción?

CARAMANCHEL: El nombre es digno de estima,
a pagar de mi dinero,
y si no...

JUANA: Calla, grosero.

CARAMANCHEL: Gil es mi amo, y es la prima
y el bordón de todo nombre.
Y en Gil se rematan mil,
que hay perejil, toronjil,
cenojil, porque se asombre
el mundo de cuán sutil
es [él], que rompe cambray,
y hasta en Valladolid hay
puerta de Teresa Gil.

JUANA: Y yo me llamo también
don Gil, al servicio vuestro.

INÉS: ¿Vos [don] Gil?

JUANA: Si en serlo nuestro
cosa que no os esté bien
o que no gustéis, desde hoy
me volveré a confirmar.
Ya no me pienso llamar
don Gil; sólo aquello soy
que vos gustéis.

JUAN: Caballero,
no importa a las que aquí están
que os llaméis Gil o Beltrán;
sed cortés y no grosero.

JUANA: Perdonad si os ofendí,
que por gusto de una dama...

INÉS: Paso, don Juan.

JUAN: Si se llama
don Gil, ¿qué se nos da aquí?

INÉS: (Éste es sin duda el que viene **Aparte**

a ser mi dueño; y es tal
que no me parece mal.
¡Extremada cara tiene!)
JUANA: Pésame de haberos dado
disgusto.
JUAN: También a mí,
si del límite salí;
ya yo estoy desenojado.
CLARA: La música en paz os ponga.

Levántanse

INÉS: Salid, señor, a danzar.
JUAN: (Este don Gil me ha de dar **Aparte**
en qué entender. Mas disponga
el hado lo que quisiere,
que doña Inés será mía,
y si compite y porfía,
tendráse lo que viniere.)
INÉS: ¿No salís?
JUAN: No danzo yo.
INÉS: ¿Y el señor don Gil?
JUANA: No quiero
dar pena a este caballero.
JUAN: Ya mi enojo se acabó.
Danzad.
INÉS: Salga, pues, conmigo.
JUAN: (¡Que a esto obligue el ser cortés!) **Aparte**
CLARA: (Un ángel de cristal es
el rapaz; cual sombra sigo
su talle airoso y gentil.)
Con doña Inés danzar quiero.
INÉS: (Ya por el don Gil me muero, **Aparte**
que es un brinquillo el don Gil.)

***Danzan las dos damas y "don GIL". Cantan [los
MÚSICOS]***

[MÚSICOS]: "Al molino del amor
alegre la niña va
a moler sus esperanzas;
quiera Dios que vuelva en paz.
En la rueda de los celos
el Amor muele su pan,
que desmenuzan la harina
y la sacan candeal.
Río son sus pensamientos
que unos vienen y otros van,
y apenas llegó a su orilla
cuando así escuchó cantar:

'Borbullicos hacen las aguas
cuando ven a mi bien pasar,
cantan, brincan, bullen y corren
entre conchas de coral,
y los pájaros dejan sus nidos
y en las ramas del arrayán
vuelan, cruzan, saltan y pican
torongil, murta y azahar.'
Los bueyes de las sospechas
el río agotando van,
que donde ellas se confirman
pocas esperanzas hay.
Y viendo que a falta de agua
parado el molino está,
desta suerte le pregunta
la niña que empieza a amar:
'Molinico ¿por qué no mueles?'
'Porque me beben el agua los bueyes.'
Vio al Amor lleno de harina
moliendo la libertad
de las almas que atormenta,
y así le cantó al llegar:
'Molinero sois, Amor,
y sois moledor.'
'Si lo soy, apártese,
que le enharinaré.'"

Acaban el baile

INÉS: Don Gil de dos mil donaires,
a cada vuelta y mudanza
que habéis dado, dio mil vueltas
en vuestro favor el alma.
Yo sé que a ser dueño mío
venís; perdonad si, ingrata,
antes de veros rehusé
el bien que mi amor aguarda.
¡Muy enamorada estoy!

CLARA: (Perdida de enamorada
me tiene el don Gil de perlas)

Aparte

JUANA: No quiero sólo en palabras
pagar lo mucho que os debo.
Aquel caballero os guarda,
y me mira receloso;
voyme.

INÉS: ¿Son celos?

JUANA: No es nada.

INÉS: ¿Sabéis mi casa?

JUANA: Y muy bien.

INÉS: ¿Y no iréis a honrar mi casa,
pues por dueño os obedece?

JUANA: A lo menos a rondarla
esta noche.

INÉS: Velaréla,
Argos toda, a sus ventanas.

JUANA: Adiós.
 CLARA: (Que se va. ¡Ay de mí!) **Aparte**
 INÉS: No haya falta
 JUANA: No habrá falta.

Vanse doña JUANA y CARAMANCHEL

INÉS: Don Juan, ¿qué melancolía
 es ésa?
 JUAN: Esto es dar [al] alma
 desengaños que la curen
 y aborrezcan tus mudanzas.
 Ah, Inés, en fin, ¿salí cierto?
 INÉS: Mi padre viene; remata
 o para después olvida
 pesares.
 JUAN: Voyme, tirana;
 mas tú me lo pagarás.

Vase

INÉS: ¡Ay que me la jura, Clara!
 Más quiero el pie de don Gil
 que la mano de un monarca.

Salen don MARTÍN y don PEDRO

PEDRO: ¿Inés?
 INÉS: Padre de mis ojos,
 don Gil no es hombre, es la gracia,
 la sal, el donaire, el gusto
 que amor en sus cielos guarda.
 Ya le he visto, ya le quiero,
 ya le adoro, ya se agravia
 el alma con dilaciones
 que martirizan mis ansias.
 PEDRO: Don Gil, ¿cuándo os vio mi Inés?

[Habla bajo con don MARTÍN]

MARTÍN: Si no es al salir de casa
para venir a esta huerta,
no sé yo cuándo.

PEDRO: Eso basta.
Milagros, don Gil, han sido
desa presencia bizarra.
Negociado habéis por vos;
llegad y dalda las gracias.

MARTÍN: Señora, no sé a quién pida
méritos, obras, palabras
con que encarecer la suerte
que a tanto bien me levanta.
¿Posible es que sólo el verme
en la calle os diese causa
a tanto bien? ¿Es posible
que me admitis, prenda cara?
Dadme...

INÉS: ¿Qué es esto? ¿Estáis loco?
¿Yo por vos enamorada?
Yo a vos, ¿cuándo os vi en mi vida?
(¿Hay más donosa maraña?) **Aparte**

PEDRO: Hija, Inés, ¿perdiste el seso?

MARTÍN: ¿Qué es esto, cielos?

PEDRO: ¿No acabas
de decir que a don Gil viste?

INÉS: ¿Pues bien?

PEDRO: ¿Su talle no ensalzas?

INÉS: Digo que es un ángel, pues.

PEDRO: ¿No le ofreces sí y palabra
de esposa?

INÉS: ¿Qué sacas deso,
que de mis quicios me sacas?

PEDRO: ¡Que a don Gil tienes presentel!

INÉS: ¿A quién?

PEDRO: Al mismo que alabas.

MARTÍN: Yo soy don Gil, Inés mía.

INÉS: ¿Vos don Gil?

MARTÍN: Yo.

INÉS: ¡La bobada!

PEDRO: Por mi vida, que es el mismo.

INÉS: ¿Don Gil tan lleno de barbas?
Es el don Gil que yo adoro
un Gilito de esmeraldas.

PEDRO: Ella está loca, sin duda.

MARTÍN: Valladolid es mi patria.

INÉS: De allá es mi don Gil también.

PEDRO: Hija, mira que te engañas.

MARTÍN: En toda Valladolid
no hay, doña Inés de mi alma,
otro don Gil, sino es yo.

PEDRO: ¿Qué señas tiene ése?

INÉS: Aguarda.
Una cara como un oro,
de almíbar unas palabras,
y unas calzas todas verdes,
que cielos son, y no calzas.
Agora se va de aquí.

PEDRO: ¿Don Gil de cómo se llama?

INÉS: Don Gil de las calzas verdes

le llamo yo, y esto basta.
 PEDRO: Ella ha perdido el juicio.
 ¿Qué será esto, doña Clara?
 CLARA: Que a don Gil tengo por dueño.
 INÉS: ¿Tú?
 CLARA: Yo, pues, y en yendo a casa
 procuraré que mi padre
 me case con él.
 INÉS: El alma
 te haré yo sacar primero.
 MARTÍN: ¡Hay tal don Gil!
 PEDRO: Tus mudanzas
 han de obligarme...
 INÉS: Don Gil
 es mi esposo; ¿qué te cansas?
 MARTÍN: Yo soy don Gil, Inés mía;
 cumpla yo tus esperanzas.
 INÉS: Don Gil de las calzas verdes
 he dicho yo.
 PEDRO: Amor de calzas
 ¿quién le ha visto?
 MARTÍN: Calzas verdes
 me pongo desde mañana
 si esta color apetece.
 PEDRO: Ven, loca.
 INÉS: ¡Ay, don Gil del alma!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen QUINTANA y doña JUANA, de mujer

QUINTANA: No sé a quién te comparar:
 Pedro de Urdemalas eres;
 pero, ¿cuándo las mujeres
 no supistes enredar?
 JUANA: Esto, Quintana, hasta aquí
 es lo que me ha sucedido.
 Doña Inés pierde el sentido
 con la libertad por mí;
 don Martín anda buscando
 este don Gil que en su amor
 y nombre es competidor,
 mas con tal recato ando
 huyéndole la presencia

que desatinado entiende
 que soy hechicero o duende.
 Pierde el viejo la paciencia
 porque la tal doña Inés
 ni sus ruegos obedece
 ni a don Martín apetece,
 y de tal manera es
 el amor que me ha cobrado,
 que como no vuelvo a vella,
 desde entonces atropella
 con pundonores de estado.
 Y como de mí no sabe,
 no hay paje o criado en casa,
 ni gente por ella pasa,
 con quien llorando no acabe
 que me busque.

QUINTANA: Si te pierdes
 quizás te pregonará.

JUANA: A los que me buscan da
 por señas mis calzas verdes.
 Un don Juan que la servía,
 loco de ver su desdén,
 para matarme también
 me busca.

QUINTANA: Señora mía,
 ¡jojo a la vida, que anda
 en terrible tentación!
 Procede con discreción
 o perderás la demanda.

JUANA: Yo me libraré de todo.
 Una doña Clara que es
 prima de mi doña Inés
 también me quiere de modo
 que a su [padre] ha persuadido,
 si viva la quiere ver,
 que me la dé por mujer.

QUINTANA: Harás notable marido.

JUANA: A este fin me hace buscar
 casi, Quintana, a pregones,
 por posadas y mesones,
 sin cansarse en preguntar
 por un don Gil de unas calzas
 verdes, de Valladolid.

QUINTANA: ¡Señas son para Madrid
 buenas! Bien tu ingenio ensalzas.

JUANA: El criado que te dije
 que en partiéndote de mí
 en la Puente recibí
 también confuso se aflige
 porque desde ayer acá
 no ha podido descubrirme,
 ni yo ceso de reírme
 de ver cuál viene y cuál va
 buscándome como aguja
 por esta calle, después
 de saber de doña Inés
 si me esconde alguna bruja.
 Y como no halla noticia
 de mí, afirmará por cierto
 que el dicho don Juan me ha muerto.

QUINTANA: Pondrále ante la justicia.
 JUANA: Bien puede ser porque es fiel,
 gran servicial, lindo humor,
 y me tiene extraño amor.
 QUINTANA: ¿Llámase?
 JUANA: Caramanchel.
 QUINTANA: Pues bien; agora, ¿a qué fin
 te has vuelto mujer?
 JUANA: Engaños
 son todos nuevos y extraños
 en daño de don Martín.
 Esta casa alquilé ayer
 con su servicio y ornato...
 QUINTANA: Aunque no saldrá barato
 no es nuevo agora el haber
 en Madrid quien una casa
 dé, con todo su apatusco;
 el por qué la alquilas busco.
 JUANA: Oye, y sabrás lo que pasa.
 Pared enmedio de aquí
 vive doña Inés, la dama
 de don Martín, que me ama.
 Esta mañana la vi,
 y dándome el parabién
 de la nueva vecindad,
 tenemos brava amistad,
 porque afirma quiere bien
 a un galán de quien retrato
 soy vivo, y que en mi presencia
 la aflige menos la ausencia
 de su proceder ingrato.
 Si yo su vecina soy,
 podré saber lo que pasa
 con don Martín en su casa.
 Y como tan cerca estoy,
 fácilmente desharé
 cuanto trazare en mi daño.
 QUINTANA: Retrato eres del engaño.
 JUANA: Y mi remedio seré.
 QUINTANA: En fin, ¿vienes a tener
 dos casas?
 JUANA: Con mi escudero
 y lacayo.
 QUINTANA: ¿Y el dinero?
 JUANA: Joyas tengo que vender
 o empeñar.
 QUINTANA: ¿Y si se acaban?
 JUANA: Doña Inés contribuirá,
 que no ama quien no da.
 QUINTANA: En otros tiempos no daban.
 Vuélvome pues a Vallecas
 hasta ver destas marañas
 el fin.
 JUANA: Di de mis hazañas.
 QUINTANA: Yo apostaré que te truecas
 hoy en hombre y en mujer
 veinte veces.
 JUANA: Las que viere
 que mi remedio requiere,
 porque todo es menester.

Mas ¿sabes lo que he pensado
primero que allá te partas?
Que con un pliego de cartas
finjas que agora has llegado
de Valladolid en busca
de mi amante.

QUINTANA: ¿Y a qué fin?

JUANA: Trae sospechas don Martín
de que quien su amor ofusca
soy yo, que en su seguimiento
desde mi patria he venido
y soy el don Gil fingido.
Para que este pensamiento
no le asegure, será
bien fingir que yo le escribo
desde allá y que por él vivo
como quien sin alma está.

Dirásle tú que me dejas
en un convento encerrada
con sospechas de preñada,
y darásle muchas quejas
de mi parte, y que si sabe
mi padre de mi preñez,
malograré su vejez,
o me ha de dar muerte grave.

Con esto le desatino,
y creyendo que allá estoy
no dirá que don Gil soy.

QUINTANA: Voyme a poner de camino.

JUANA: Y yo a escribir.

QUINTANA: Vamos, pues;
darásme la carta escrita.

JUANA: Ven, que espero una visita.

QUINTANA: ¿Visita?

JUANA: De doña Inés.

***Vanse. Doña INÉS con manto, y don
JUAN***

INÉS: Don Juan, donde no hay amor,
pedir celos es locura.

JUAN: ¿Que no hay amor?

INÉS: La hermosura
del mundo tanto es mayor,
cuanto es la naturaleza
más varia en él, y así quiero
ser mudable, porque espero
tener ansí más belleza.

JUAN: Si la que es más variable,
ésa es más bella, en ti fundo
la hermosura deste mundo,
porque eres la más mudable.

¿Por un rapaz me desprecias
antes de saber quién es?
¡Por un niño, doña Inés!

INÉS: Excusa palabras necias
 y mira, don Juan, que estoy
 en casa ajena.

JUAN: Inconstante,
 ¡no lograrás a tu amante!
 ¡A matar tu don Gil voy!

INÉS: ¿A qué don Gil?

JUAN: Al rapaz,
 ingrata, por quien te pierdes.

INÉS: Don Gil de las calzas verdes
 no es quien perturba tu paz.
 Así nos dé vida Dios,
 que no le he visto después
 de aquella tarde. Otro es
 el don Gil que priva.

JUAN: ¿Hay dos?

INÉS: Sí, don Juan, que el don Gilico,
 o fingió llamarse así
 o si a vivir vino aquí
 de asiento, te certifico
 que de todos se burló.
 El que de casa te ha echado
 es un don Gil muy barbado
 a quien aborrezco yo.
 Pero quiéreme casar
 con él mi padre, y es fuerza
 que por darle gusto tuerza
 mi inclinación. Si a matar
 estotro don Gil te atreves,
 de Albornoz tiene el renombre,
 y aunque dicen que es muy hombre,
 como amor y ánimo llevas,
 el premio a mi cuenta escribe.

JUAN: ¿Don Gil de Albornoz se llama?

INÉS: Ansí lo dice la fama,
 y en casa del Conde vive,
 nuestro vecino.

JUAN: ¿Tan cerca?

INÉS: Por tenerme cerca a mí.

JUAN: ¿Y que le aborreces?

INÉS: Sí.

JUAN: Pues si con su muerte merca
 mi fe tu amor, el laurel
 ya [mi] cabeza previene,
 que te hago voto solene
 que pueden doblar por él.

Vase

INÉS: ¡Ojalá! Que desta suerte
 aseguraré la vida
 del don Gil por quien perdida
 estoy, pues dándole muerte
 quedaré libre, y mi padre
 no aumentará mi tormento

con su odioso casamiento,
por más que su hacienda cuadre
a su avaricia maldita.

**Doña JUANA, de mujer, sin manto, y
VALDIVIESO, escudero viejo**

JUANA: ¡Oh, señora doña Inés!
¿En mi casa? El interés
estimo desta visita.
En verdad que iba yo a hacer
en este punto otro tanto.
¡Hola! ¿No hay quien quite el manto
a doña Inés?

A ella, al oído

VALDIVIESO: ¿Qué ha de haber?
¿Qué dueñas [has] recibido
o doncellas de labor?
¿Hay otra vieja de honor
más que yo?
JUANA: No habrá venido
Esperancilla ni Vega.
¡Jesús, y qué de ello pasa
la que mudando de casa
hacienda y trastos trasiega!
Quítalde vos ese manto,
Valdivieso.

Quítale y vase

INÉS: Doña Elvira,
tu cara y talle me admira;
de tu donaire me espanto.
JUANA: Favorécesme, aunque sea
en nombre ajeno. Ya sé
que bien te parezco en fe
del que tu gusto desea.
Seré como la ley vieja,
que tendré gracia en virtud
de la nueva.
INÉS: Juventud
tienes harta: extremos deja;
que aunque no puedo negar

que te amo porque pareces
a quien adoro, mereces
por ti sola enamorar
a un Adonis, a un Narciso,
y al sol que tus ojos viere.

JUANA: Pues yo sé quien no me quiere,
aunque otros tiempos me quiso.

INÉS: ¡Maldígale Dios! ¿Quién es
quien se atreve a darte enojos?

JUANA: Las lágrimas a los ojos
me sacaste, doña Inés.

Mudemos conversación,
que refrescas la memoria
de mi lamentable historia.

INÉS: Si la comunicación
quita la melancolía,
y en nuestra amistad consientes,
tu desgracia es bien me cuentes,
pues ya te dije la mía.

JUANA: No, por tus ojos; que amores
ajenos cansan.

INÉS: Ea, amiga...

JUANA: En fin, ¿quieres te la diga?
Pues escúchame y no llores.

En Burgos, noble cabeza
de Castilla, me dio el ser
don Rodrigo de Cisneros
y sus desgracias con él.
Nací amante, ¡qué desdicha!,
pues desde la cuna amé
a un don Miguel de Ribera,
tan gentil como cruel.
Correspondió a los principios
porque la voluntad es
cambio que entra caudaloso
pero no tarda en romper.
Llegó nuestro amor al punto
acostumbrado, que fue
a pagar yo de contado
fiada en su prometer.
Dióme palabra de esposo.
¡Mal haya la simple, amén,
que no escarmienta en palabras
cuando tantas rotas ve!
Partióse a Valladolid:
cansado debió de ser.
Estaba sin padres yo;
súpelo, fuime tras él;
engañóme con achaques,
y ya sabes, doña Inés,
que el amor que anda achacoso
de achaques muere también.
Dábale su casa y mesa
un primo que don Miguel
tenía, mozo y gallardo,
rico, discreto y cortés;
llamábase éste don Gil
de Albornoz y Coronel,

de un don Martín de Guzmán
amigo, pero no fiel.
Sucedió que al don Martín
y a su padre, don Andrés,
les escribió desta Corte,
tu padre pienso que fue,
pidiéndole para esposo
de una hermosa doña Inés
que, si mal no conjeturo
tú sin duda debes ser.
Había dado don Martín
a una doña Juana fe
y palabra de marido;
mas no osándola romper
ofreció este casamiento
al don Gil; y el interés
de tu dote apetecible
alas le puso a los pies.
Dióle cartas de favor
el viejo, y quiso con él
partirse al punto a esta Corte,
nueva imagen de Babel.
Comunicó intento y cartas
al amigo don Miguel,
mi ingrato dueño, ensalzando
la hacienda, belleza y ser
de su pretendida dama
hasta los cielos; que fue
echar fuego al apetito
y su codicia encender.
Enamoróse de oídas
don Miguel de ti: al poder
de tu dote lo atribuye,
que ya amor es mercader;
y atropellando amistades,
obligación, deudo y fe,
de don Gil le hurtó las cartas
y el nombre, porque con él
disfrazándose, a esta Corte
vino, pienso que no ha un mes.
Vendiéndose [por] don Gil,
te ha pedido por mujer.
Yo, que sigo como sombra
sus pasos, vine tras él,
sembrando por los caminos
quejas, que vendré a coger
colmadas de desengaños,
que es caudal del bien querer.
Sabiedo don Gil su agravio
quiso seguirle también,
y encontrámonos los dos,
siendo fuerza que con él
caminase hasta esta Corte,
habrá nueve días o diez,
donde aguardo la sentencia
de mi amor, siendo tú el juez.
Como vine con don Gil
y la ocasión siempre fue
amiga de novedades,
que basta en fin ser mujer,

la semejanza hechicera
de los dos pudo encender,
mirándose él siempre en mí,
y yo mirándome en él,
descuidos. Enamoróse
con tantas veras...

INÉS: ¿De quién?

JUANA: De mí.

INÉS: ¿Don Gil de Albornoz?

JUANA: Don Gil, a quien imité
en el talle y en la cara,
de suerte que hizo un pincel
dos copias y originales
prodigiosas esta vez.

INÉS: ¿Uno de unas calzas verdes?

JUANA: Y tan verdes como él,
que es abril de la hermosura
y del donaire Aranjuez.

INÉS: Bien le quieres, pues le alabas.

JUANA: Quisiérale, amiga, bien
si bien no hubiera querido
a quien mal supo querer.
Tengo esposo, aunque mudable;
soy constante, aunque mujer;
nobleza y valor me ilustran;
aliento y no celos ten,
que despreciando a don Gil
y viendo que don Miguel
tiene ya el sí de tu padre,
si sin ti le puede haber,
hice alquilar esta casa
donde de cerca sabré
el fin de tantas desdichas
como en mis sucesos ves.

INÉS: ¿Que don Miguel de Ribera
el don Gil fingido fue
que, dueño tuyo y tu esposo,
quiere que yo el sí le dé?

JUANA: Esto es cierto.

INÉS: ¿Que el don Gil
verdadero y cierto fue
aquel de las verdes calzas?
¡Triste de mí! ¿Qué he de hacer
si te sirve, cara Elvira?
Y aun por eso no me ve,
que no le bastan dos ojos
para llorar tu desdén.

JUANA: Como a don Miguel desprecies,
también yo desdeñaré
a don Gil.

INÉS: ¿Pues deso dudas?
Hombre que tiene mujer,
¿cómo puede ser mi esposo?
No temas eso.

JUANA: Pues ven,
que a don Gil quiero escribir
en tu presencia un papel
que llevará mi escudero,
y su muerte escrita en él.

INÉS: ¡Ay, Elvira de mis ojos,

tu esclava tengo de ser!
 JUANA: (Ya esta boba está en la trampa. **Aparte**
 Ya soy hombre, ya mujer,
 ya don Gil, ya doña Elvira;
 mas si amo, ¿qué no seré?)

Vanse. [Salen] QUINTANA y don MARTÍN

MARTÍN: ¿Y que tú mismo la dejas
 en un convento, Quintana?

QUINTANA: Yo mismo, a tu doña Juana
 en San Quirce, dando quejas
 y suspiros, porque está
 con indicios de preñada.

MARTÍN: ¿Cómo?

QUINTANA: No la para nada
 en el estómago y da
 unas arcadas terribles,
 la basquiña se le aova,
 pésale más que una arroba
 el paso que da, imposibles
 se le antojan. Vituperio
 de su linaje serás
 si a consolarla no vas,
 y pare en el monasterio.

MARTÍN: Quintana, jurara yo
 que desde Valladolid
 había venido a Madrid
 a perseguirme.

QUINTANA: Eso no,
 ni haces bien en no tenella
 en opinión más honrada.

MARTÍN: ¿No pudiera disfrazada
 seguirme?

QUINTANA: ¡Bonita es ella!
 Ésta es la hora que está
 rezando entre sus iguales
 los salmos penitenciales
 por ti. ¿Esa carta no da
 certidumbre que te digo
 la verdad?

MARTÍN: Quintana, sí.
 Las quejas que escribe aquí
 mucho han de poder conmigo.
 Vine a cierta pretensión
 a Madrid, que el Rey confirme,
 y partí sin despedirme
 della por la dilación
 forzosa que en mi partida
 su amor había de poner.
 Pero pues llevo a saber
 que corre riesgo su vida
 y que mi amor coge el fruto
 que su hermosura me ofrece,
 cualquier tardanza parece

pronóstico de mi luto.
 Partiréme esta semana
 sin falta, concluya o no
 a lo que vine.

QUINTANA: Pues yo
 tomo la posta mañana,
 y a pedirla me adelanto
 las albricias.

MARTÍN: Bien harás.
 Hoy esta Corte verás,
 y yo escribiré entretanto.
 ¿Dónde tienes la posada?
 Que no te llevo a la mía
 porque malograr podría
 una traza comenzada
 que después sabrás despacio.

[QUINTANA:] Junto al mesón de Paredes
 vivo.

MARTÍN: Bien.

QUINTANA: Mañana puedes,
 si tienes de ir a Palacio,
 darme las cartas allá.

MARTÍN: En buen hora. (No he querido **Aparte**
 que vaya donde he fingido
 ser don Gil, que deshará
 la máquina que levanto.)

QUINTANA: Voyme, pues, a negociar.

MARTÍN: Adiós.

QUINTANA: (¿En qué ha de parar, **Aparte**
 cielos, embeleco tanto?)

Vase

MARTÍN: Basta, que ya padre soy;
 basta, que está doña Juana
 preñada. Afición liviana,
 villano pago le doy.

Con un hijo, es torpe modo
 el que aquí pretender quiero,
 indigno de un caballero.
 Pongamos remedio en todo
 dando la vuelta a mi tierra.

Sale don JUAN

JUAN: Señor don Gil de Albornoz,
 si, como corre la voz,
 valor vuestro pecho encierra
 para lucir el acero,
 al paso que pretender

contra su gusto mujer,
pensamiento algo grosero,
yo, que soy interesado
en esta parte, quisiera
que saliésemos afuera
del lugar, y que en el Prado
o Puente, sin que delante
tuviésemos tanta gente,
mostrásedes ser valiente
como mostráis ser amante.

MARTÍN: La cólera requemada
cortad por lo que os importa,
que para quien no la corta
corta cóleras mi espada,
que yo, que más flema tengo,
no riño sin ocasión.
Si vos tenéis afición
cuando yo a casarme vengo
y me aborrece mi dama,
pues en su mano dejó
naturaleza el sí y no,
y vos presumís que os ama,
pretendámosla los dos,
que cuando el no me dé a mí
y vos salgáis con el sí,
no reñiré yo con vos.

JUAN: Ella me ha dicho que es fuerza
hacer de su padre el gusto,
y que, amándola, no es justo
la deje casar por fuerza.
Y en fe desta sinrazón,
o nos hemos de matar
o no os habéis de casar,
dejando su pretensión.

MARTÍN: ¿Doña Inés dice que quiere
a su padre obedecer,
y mi esposa admite ser?

JUAN: A su inclinación prefiere
la caduca voluntad
de su padre.

MARTÍN: Y por ventura
perder esa coyuntura,
¿no sería necedad?
Si con lo que yo procuro
salgo, ¿no es torpe imprudencia
el poner en contingencia
lo que ya tengo seguro?
¡Muy bueno fuera, por Dios,
que después de reducida,
si yo no os quito la vida
me la quitásedes vos,
perdiendo mujer tan bella,
y que, después de adquirido
el nombre de su [marido],
os la dejase doncella!

No, señor. Permitid vos
que logre de doña Inés
la belleza, y de allí a un mes
podremos reñir los dos.

JUAN: O hacéis de mí poco caso

o tenéis poco valor.
 Pero a vuestro necio amor
 sabré yo atajar el paso
 en parte donde no tema
 el favor que aquí os provoca.

Vase

MARTÍN: Para su cólera loca
 no ha sido mala mi flema.
 Si está doña Inés resuelta,
 y a ser mi esposa se allana,
 perdonará doña Juana,
 y mi amor dará la vuelta,
 si a Valladolid [quería]
 llevarme; que el interés
 y beldad de doña Inés
 excusa[n] la culpa mía.

Sale OSORIO

OSORIO: Gracias a Dios que te veo.
 MARTÍN: Seas, Osorio, bien venido.
 ¿Hay cartas?
 OSORIO: Cartas ha habido.
 MARTÍN: ¿De mi padre?
 OSORIO: En el correo
 a la mitad de su lista
 a ciento y doce leí
 este pliego para ti.

Dásele

MARTÍN: Libranza habrá a letra vista.

Ábrele

OSORIO: ¿Quién duda?
 MARTÍN: Este sobrescrito
 dice: "A don Gil de Albornoz."

OSORIO: Corre por ti la tal voz.
 MARTÍN: Estotra cubierta quito.

Lee

"A mi hijo don Martín."
 Y estotra. "A Agustín Solier
 de Camargo, mercader."
 OSORIO: ¡Bien haya el tal Agustín
 si en él nos libran dinero!
 [MARTÍN:] Eso, Osorio, es cosa cierta.
 OSORIO: ¿Adónde vive?
 MARTÍN: A la puerta
 de Guadalajara.
 OSORIO: Quiero
 besarla por lo que a mí
 me toca, que ya no había
 casi blanca.
 MARTÍN: Abro la mía
 primero.
 OSORIO: Bien.
 MARTÍN: Dice ansí:

Lee [la] carta

"Hijo: Cuidadoso estaré hasta saber el fin de
 nuestra pretensión, cuyos principios, según me
 avisáis, prometen buen suceso. Para que le
 consigáis os remito esta libranza de mil escudos
 y esa carta para Agustín Solier, mi corresponsal.
 Digo en ella que son para don Gil de Albornoz, un
 deudo mío. No vais vos a cobrarlos, porque os conoce,
 sino Osorio, diciendo que es mayordomo de dicho don
 Gil. Doña Juana de Solís falta de su casa desde
 el día que os partístes. Si en ella están confusos
 no lo ando yo menos, temiendo no os haya seguido y
 impida lo que tan bien nos está. Abreviad lances,
 y en desposándoos, avisadme para que yo al punto me
 ponga en camino, y tengan fin estas marañas. Dios os me
 guarde como deseo. Valladolid y agosto, etc. Vuestro padre."

OSORIO: ¿No escuchas que doña Juana
 falta de su casa?
 MARTÍN: Ya
 sé [yo] dónde oculta está.
 Agora llegó Quintana
 con carta suya, y por ella
 he sabido que encerrada
 está en San Quirce y preñada.

OSORIO: Parirá en fe de doncella.

MARTÍN: Huyóse sin avisar
a su padre; que afligida
de celos de mi partida,
no la darían lugar
el sobresalto y la prisa.
Y ésta será la ocasión
de la pena y confusión
que aquí mi padre me avisa.
Pero entretendrála agora
escribiéndola, y después
que posea a doña Inés,
puesto que mi ausencia llora,
le diré que tome estado
de religiosa.

OSORIO: Si está
en San Quirce ya tendrá
lo más del camino andado.

Sale AGUILAR

AGUILAR: ¿Es el señor don Gil?

MARTÍN: Soy
amigo vuestro, Aguilar.

AGUILAR: Don Pedro os envía a llamar,
y por buena nueva os doy
que pretende hoy desposaros
con su sucesora bella,
aunque llantos atropella.

MARTÍN: Quisiera en albricias daros
el Potosí. Esta cadena,
aunque de poco valor,
en fe de vuestro deudor...

***Va a echarse don MARTÍN las cartas en la
faltriquera; y mételas por entre la sotanilla, y
cáensele en el suelo***

AGUILAR: Para mal de ojos es buena.

MARTÍN: Vamos y irás a cobrar
esos escudos, Osorio,
que si es hoy mi desposorio,
todos los he de emplear
en joyas para mi esposa.

OSORIO: Para su belleza es poco.

Los dos aparte

(Bien se dispone.
 MARTÍN: (Estoy loco.
 ¡Ay, mi doña Inés hermosa!)

**Vanse. Salen doña JUANA, de hombre, y
 CARAMANCHEL**

CARAMANCHEL: No he de estar más de un instante,
 señor don Gil invisible,
 con vos, que es cosa terrible
 desapareceros delante
 de los ojos.

JUANA: Si me pierdes...

CARAMANCHEL: Un pregonero he cansado
 diciendo: "El que hubiere hallado
 a un don Gil con calzas verdes
 perdido de ayer acá,
 dígalo y daránle luego
 su hallazgo." Ved qué sosiego
 para quien sin blanca está.
 Un real de misas he dado
 a las ánimas por vos,
 y a San Antonio otros dos,
 de lo perdido abogado.
 No quiero más tentación,
 que me dais que sospechar
 que sois duende o familiar,
 y temo a la Inquisición.
 Pagadme y adiós.

JUANA: Yo he estado
 todo este tiempo escondido
 en una casa que ha sido
 mi cielo, porque he alcanzado
 la mejor mujer en ella
 de Madrid.

CARAMANCHEL: ¿Chanzas hacéis?
 ¿Mujer vos?

JUANA: Yo.

CARAMANCHEL: ¿Pues tenéis
 dientes vos para comella?
 ¿O es acaso doña Inés,
 la damaza de la huerta,
 por las verdes calzas muerta?
 Sí será.

JUANA: A lo menos es
 otra más bella que vive
 pegada a la casa desá.

CARAMANCHEL: ¿Es juguetona?

JUANA: Es traviesa.

CARAMANCHEL: ¿Da?

JUANA: Lo que tiene.

CARAMANCHEL: ¿Y recibe?

JUANA: Lo que la dan.
 CARAMANCHEL: Pues retira
 la bolsa, imán de una dama.
 ¿Llámase?
 JUANA: Elvira se llama.
 CARAMANCHEL: Elvira, pero sin vira.
 JUANA: Ven, llevarásme un papel.
 CARAMANCHEL: Dellos hay un pliego aquí.

Alza las cartas

Oye, que son para ti.
 JUANA: ¿Para mí, Caramanchel?
 CARAMANCHEL: El sobrescrito rasgado
 dice: "A don Gil de Albornoz."
 JUANA: Muestra. ¡Ay cielos!
 CARAMANCHEL: En la voz
 y cara te has alterado.
 JUANA: Dos cerradas y una abierta
 vienen.
 CARAMANCHEL: Mira para quién.
 JUANA: Pronósticos de mi bien
 hacen mi ventura cierta.

Lee

"A don Pedro de Mendoza
 y [Velástegui]." Éste es
 el padre de doña Inés.
 CARAMANCHEL: Algún galán de la moza
 te pone por medianero
 con su padre, que querrá
 que le cases.
 JUANA: Y hallará
 a propósito el tercero.
 CARAMANCHEL: Mira esotro sobrescrito.
 JUANA: Dice aquí. "A Agustín Solier
 de Camargo, mercader."
 CARAMANCHEL: Ya le conozco, un corito
 es que tiene más caudal
 de cuantos la Puerta ampara
 aquí de Guadalajara.
 JUANA: Pues tenlo a buena señal.
 Esta abierta es para mí.
 CARAMANCHEL: Mírala.
 JUANA: (¿Quién duda que es
 para don Martín?) **Aparte** el pliego de don Andrés

Léela para sí

CARAMANCHEL: ¿Que así
haya quien hurte en la Corte
las cartas? Delito grave.
Pero si las nuevas sabe
a costa no más del porte,
¿quién las dejará de ver?
A alguno que las sacó
y el pliego por yerro abrió
se le debió de caer.

JUANA: (Dichosa soy en extremo. **Aparte**
A buen presagio he tenido
que a mi mano hayan venido
estas cartas. Ya no temo
mal suceso.)

CARAMANCHEL: ¿Cúyas son?
JUANA: De un mi tío de Segovia.
CARAMANCHEL: A Inés querrá para novia.
JUANA: Acertaste su intención.
Una libranza me envía
para que joyas la dé
de hasta mil escudos.

CARAMANCHEL: Fue
mi sospecha profecía;
vendrá en Agustín Solier
librada.

JUANA: En ésta le escribe
que los dé luego.

CARAMANCHEL: Recibe
el dinero en tu poder
y no me despediré
de ti en mi vida.

JUANA: (A Quintana **Aparte**
voy a buscar. ¡Qué mañana
tan dichosa! Con buen pie
me levanté hoy; marañas
traza nuevas mi venganza.
Hoy cobrará la libranza
Quintana, y de mis hazañas
verá presto el fin sutil.)

CARAMANCHEL: Por si otra vez te me pierdes
me encajo tus calzas verdes.

JUANA: Hoy sabrán quién es don Gil.

Vanse. Salen Doña INÉS y Don PEDRO, su padre

INÉS: Digo, señor, que vives engañado,
y que el don Gil fingido que me ofreces,
no es don Gil, ni jamás se lo han llamado.

PEDRO: ¿Por qué mintiendo, Inés, me desvaneces?

- Don Andrés ¿no me ha escrito por este hombre?
¿No dice que [es] don Gil el que aborreces?
- INÉS: Don Miguel de Cisneros es su nombre,
con una doña Elvira desposado;
su patria es Burgos. Porque más te asombre,
la misma doña Elvira me ha contado
todo el suceso, que en su busca viene,
y del mismo don Gil es un traslado.
Pared en medio desta casa tiene
la suya. Hablarla puedes y informarte
de todo este embeleco, que es solene.
- PEDRO: Advierte, Inés, que debe de burlarte,
pues no puede ser falsa aquesta firma,
ni a la naturaleza engaña el arte.
- INÉS: Pues si esa carta tu opinión confirma,
repara en que don Gil, el verdadero,
en quien mi voluntad su amor confirma,
es un gallardo y joven caballero
que por la gracia de un verde vestido
con que le vi en la huerta el día primero
calzas verdes le di por apellido.
Éste, pues, por la fama aficionado
de mí o mi dote y luego persuadido
de don Andrés a que tomase estado,
le hizo que viniese con el pliego
en su abono, que tanto te ha engañado.
Era su amigo don Miguel, y luego
que supo dél, estando de partida,
mi hacienda y calidad, encendió fuego
el interés que la amistad olvida,
y sin mirar que estaba desposado
con doña Elvira, un tiempo tan querida,
teniéndole en su casa aposentado
le hurtó las cartas una noche y vino
[por] la posta a esta corte disfrazado.
Ganóle por la mano en el camino,
fingió que era don Gil, dióte ese pliego
y con él entabló su desatino.
El don Gil verdadero vino luego,
que fue el que vi en la huerta y al que mira
como a su objeto mi amoroso fuego;
no osó contradecir tan gran mentira
por ver tan apoyado su embeleco,
hasta que a verme vino doña Elvira.
Ésta me dijo el marañoso trueco
y los engaños del don Gil postizo
que funda su esperanza en mármol seco.
Doña Elvira, señor, me satisfizo.
Mira lo mucho que en casarme pierdes
con quien lo está con otra, y esto hizo.
- PEDRO: ¿Hay semejante embuste?
- INÉS: Que te acuerdes
deste suceso importa.
- PEDRO: ¿No vería
yo al don Gil de las calzas, Inés, verdes?
- INÉS: Doña Elvira me dijo le enviaría
a hablarte y verme aquesta misma tarde.
- PEDRO: ¿Pues cómo tarda?
- INÉS: Aún no es pasado el día.
¿Pero no es éste, cielos? Haga alarde

con su presencia la esperanza mía.

Sale Doña JUANA, de hombre

JUANA: A daros satisfacción,
señora, de mi tardanza
vengo y a pedir perdón
no de que en mí haya mudanza
sino de mi dilación.
 Hame tenido ocupado
estos días el cuidado
en que me puso un traidor,
que por lograr vuestro amor
hasta el nombre me ha usurpado,
 no falta de voluntad,
pues desde el punto que os vi
os rendí la libertad.

INÉS: Yo sé que eso no es así,
pero sea o no verdad,
 conoced, señor don Gil,
a mi padre que os desea,
y entre confusiones mil
persuadilde a que no crea
enredos de un pecho vil.

JUANA: A mucha suerte he tenido,
señor, haberos hallado
aquí, y llegara corrido
a no haberme asegurado
cartas que hoy he recibido
 de don Andrés de Guzmán,
que quimeras desharán
de quien con firmas hurtadas
pretendió ver malogradas
mis esperanzas. Si dan
 fe y crédito estos renglones
y me abona este papel

Enséñale las cartas

no admitáis satisfacciones
fingidas de don Miguel
o guardaos de sus traiciones.

Míralas don PEDRO

PEDRO: Yo estoy, señor, satisfecho
de lo que decís y afirma
vuestro generoso pecho.
Esta letra y esta firma
del agravio que os he hecho,
si es que soy yo quien lo hice,
fue la causa, y agora es
favor con que os autorice.
Sí, letra es de don Andrés.

Míralas otra vez

Quiero mirar lo que dice.

Lee para sí [y ellas hablan aparte]

INÉS: (¿Cómo va de voluntad?
JUANA: Vos, que sus llaves tenéis,
por mí la respuesta os dad.
INÉS: Desde ayer acá queréis
mucho nuestra vecindad.
JUANA: ¿Desde ayer? Desde que os mira
el alma que en ella os ve,
y en vuestra ausencia suspira.
INÉS: ¿En mi ausencia?
JUANA: ¿Pues no?
INÉS: ¿A fe?
(¿Y no en la de doña Elvira?)
PEDRO: Aquí otra vez me encomienda
don Andrés la conclusión
de vuestra boda, y que entienda
la mucha satisfacción
de vuestra sangre y hacienda.
El don Miguel de Cisneros
es gentil enredador.
Mucho gusto en conoceros.
Hoy habéis de ser señor
desta casa.
JUANA: ¿Que teneros
por dueño y padre merezco?
Mil veces me dad los pies.
PEDRO: Los brazos sí que os ofrezco

Abrázale

y en ellos a doña Inés.
 JUANA: Mi dicha al cielo [agradezco].

Abrázala

Desta suerte satisfago
 los celos de la vecina
 que tenéis.
 INÉS: Y yo deshago
 sospechas, porque me inclina
 vuestro amor.
 JUANA: Con ése os pago.

Sale QUINTANA

QUINTANA: Don Gil mi señor, ¿está
 aquí?

A él aparte

JUANA: (¡Quintana! ¿has cobrado
 libranza y escudos?)
 QUINTANA: (Ya,
 en oro puro y doblado.)

A ellos

JUANA: Yo vendré a la noche acá,
 que una ocurrencia forzosa,
 mi bien, me obliga a apartar
 de vuestra presencia hermosa.
 PEDRO: No hay para qué dilatar
 el desposorio, que es cosa
 que corre peligro.
 JUANA: Pues
 esta noche estoy resuelto
 en desposarme.
 PEDRO: Mi Inés
 será vuestra.
 JUANA: Habéisme vuelto

el alma al cuerpo.
 INÉS: ¡Interés
 dichoso!
 JUANA: La vuelta doy
 luego.
 QUINTANA: (¡Quimera sutil!) **Aparte**
 JUANA: Adiós, que a Palacio voy.

A ella

QUINTANA: (Vamos, Juana, Elvira, Gil.)

[A él]

JUANA: (Gil, Elvira y Juana soy.)

Vanse los dos

PEDRO: ¡Qué muchacho y qué discreto
 [es] el don Gil! Grande amor
 le he cobrado, te prometo;
 vuélvame el enredador
 a casa, verá el efeto
 de sus embustes.

Salen don MARTÍN y OSORIO [y hablan a otro lado]

MARTÍN: ¿Adónde
 se me pudieron caer?
 Si lo advertiste, responde.
 OSORIO: Pues, ¿puedo yo saber?
 ¿Junto a la casa del Conde
 no las leíste?
 MARTÍN: ¿Has mirado
 todo lo que hay desde allí?
 OSORIO: De modo que no he dejado
 un solo átomo hasta aquí.
 MARTÍN: ¿Hay hombre más desdichado?
 ¡Pliego y escudos perdidos!

OSORIO: Haz cuenta que los jugaste
 en vez de comprar vestidos
 y joyas.
 MARTÍN: ¿No lo miraste
 bien?
 OSORIO: Con todos mis sentidos.
 MARTÍN: Pues vuelve, que podrá ser
 que [lo] halles.
 OSORIO: ¡Linda esperanza!
 MARTÍN: Pero no, ve al mercader,
 que no acepte la libranza.
 OSORIO: Eso es mejor.
 MARTÍN: ¿Que a perder
 un pliego de cartas venga
 un hombre como yo?

[Ven a los otros]

OSORIO: Aquí
 está tu dama.
 MARTÍN: Hoy se venga
 su menosprecio de mí.
 OSORIO: Ruega a Dios que no la tenga
 pagada.

Vase OSORIO

MARTÍN: ¡Oh, señores! (Quiero **Aparte**
 disimular mi pesar.)
 PEDRO: ¿Es digno de un caballero,
 don Miguel, el enredar
 con disfraces de embustero?
 ¿Es bien que os finjáis don Gil
 de Albornoz si don Miguel
 sois, y con astucias mil,
 siendo ladrón de un papel,
 queráis por medio tan vil
 usurparle a vuestro amigo
 el nombre, opinión y dama?
 MARTÍN: ¿Qué decís?
 PEDRO: Esto que digo,
 y guardaos que desta trama
 no os haga dar el castigo
 que merecéis. Si os llamáis
 vos don Miguel de Cisneros,
 ¿para qué nombres trocáis?
 MARTÍN: ¿Yo? No acabo de entenderos.
 PEDRO: ¡Qué bien lo disimuláis!
 MARTÍN: ¿Yo don Miguel?
 INÉS: Ya sabemos

que sois de Burgos.
MARTÍN: [¡Mentira
 solene!]
INÉS: ¡Buenos extremos!
 Cumplid la fe a doña Elvira,
 o a la justicia diremos
 cuán grande embelecador
 sois.
MARTÍN: ¡Pues habéisme cogido
 los dos de muy buen humor
 en ocasión que he perdido
 seso y escudos! Señor,
 ¿quién es el autor cruel
 de quimera tan sutil?
PEDRO: Sabed, señor don Miguel,
 que el verdadero don Gil
 se va agora de aquí, y dél
 tengo la satisfacción
 que vuestro crédito pierde.
MARTÍN: ¿Qué don Gil o maldición
 es éste?
PEDRO: Don Gil el verde.
INÉS: Y el blanco de mi afición.
PEDRO: Id a Burgos entretanto
 que él se casa, y haréis bien,
 y no finjáis ese espanto.
MARTÍN: ¡Válgate el demonio, amén,
 por don Gil o por encanto!
 ¡Vive Dios, que algún traidor
 os ha venido a engañar!
 Oíd.
INÉS: Pasito, señor,
 que le haremos castigar
 por archiembelecador.

Vanse los dos

MARTÍN: ¿Hay confusión semejante?
 ¡Que este don Gil me persiga
 invisible cada instante
 y que por más que le siga
 nunca le encuentre delante!
 Estoy tan desesperado
 que por toparme con él
 diera cuanto he granjeado.
 ¿Yo en Burgos? ¿Yo don Miguel?

Sale OSORIO

OSORIO: ¡Buen lance habemos echado!

MARTÍN: ¿Has hablado al mercader?

OSORIO: Más me valiera que no.

Un don Gil o Lucifer
todo el dinero cobró.
Malgesí debe de ser.

MARTÍN: ¿Don Gil?

OSORIO: De Albornoz se firma
dándole carta de pago.

Solier me enseñó su firma.

MARTÍN: ¡Este don Gil será estrago
de toda mi casa!

OSORIO: Afirma
el Solier que anda vestido
de verde, porque te acuerdes
de lo que has por él perdido.

MARTÍN: Don Gil de las calzas verdes
ha de quitarme el sentido.

Ninguno me [hará] creer
sino que se disfrazó,
para obligarme a perder,
algún [demonio] y me hurtó
las cartas que al mercader
ha dado.

OSORIO: Hará enredos mil,
que sabe muchas vejeces
el enemigo sutil.
Ven, [señor].

MARTÍN: ¡Jesús mil veces!
¡Válgate el diablo el don Gil!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen don MARTÍN y QUINTANA

MARTÍN: No digas más; basta y sobra
saber por mi mal, Quintana,
que murió mi doña Juana.
Muy justa venganza cobra
el cielo de mi crueldad,
de mi ingratitud y olvido.
El que su homicida ha sido
soy yo, no su enfermedad.

QUINTANA: Déjame contarte el cómo
sucedió su muerte en suma.

MARTÍN: Vuela el mal con pies de pluma,
viene el bien con pies de plomo.

QUINTANA: Llegué no poco contento
con tu carta, en que fundé
albricias que no cobré.

Regocijóse el convento;
 salió a una red doña Juana;
 díjela que en breves días
 en su presencia estarías,
 que su sospecha era vana.

Leyó tu carta tres veces,
 y cuando iba a desprender
 joyas con que enriquecer
 mis albricias, todas nueces,
 gran rüido y poco fruto,
 dijéronla que venía
 su padre y que pretendía
 convertir su gozo en luto
 dando venganza a su honor.

Encontráronse a la par
 el placer con el pesar,
 la esperanza y el temor;
 y como estaba preñada
 fue el susto tan repentino
 que a malparir al fin vino
 una niña mal formada,
 y ella, al dar el primer grito,
 dijo: "Adiós, don Mar..." y en fin,
 quedándose con el "tín"
 murió como un pajarito.

MARTÍN: No digas más.

QUINTANA: Ni aunque quiera
 podré, porque en pena tanta
 tengo el alma a la garganta
 y a un suspiro saldrá fuera.

MARTÍN: ¿Agora que no hay remedio,
 osáis, temor atrevido,
 echar del alma el olvido
 y entraros vos de por medio?
 ¿Agora llora y suspira
 mi pena? ¿Agora pesar?

QUINTANA: (No sé en lo que ha de parar
 tanta suma de mentira.)

Aparte

MARTÍN: No es posible, sino que es
 el espíritu inocente
 de doña Juana el que siente
 que yo quiera a doña Inés
 y que en castigo y venganza
 del mal pago que la di
 se finge don Gil y aquí
 hace guerra a mi esperanza.

Porque el perseguirme tanto,
 el no haber parte o lugar
 adonde a darme pesar
 no acuda, si no es encanto,
 ¿qué otra cosa puede ser?

El no dejar casa o calle
 que no busque por hallalle,
 el nunca llegarle a ver,
 el llamarse de mi nombre,
 ¿no es todo esto conjetura
 de que es su alma que procura
 que la vengue y que me asombre?

QUINTANA: (¡Esto es bueno ! Doña Juana **Aparte**
 cree que es alma que anda en pena.

¿Vio el mundo chanza más buena?
 Pues no le ha de salir vana
 porque tengo de apoyar
 este disparate.)

A él

A mí
 parecíame hasta aquí
 lo que escuchaba contar,
 desde el día que murió
 mi señora, que sería
 sueño que a la fantasía
 el pesar representó;
 pero después que te escucho
 que el alma de mi señora
 te persigue cada hora,
 no tendré, señor, a mucho
 lo que en Valladolid pasa.

MARTÍN: ¿Pues qué es lo que allá se dice?

QUINTANA: Temo que te escandalice;
 pero no hay persona en casa
 de mi señor [tan] osada
 que duerma sin compañía,
 si no fui yo, desde el día
 que murió la mal lograda
 porque se les aparece
 con vestido varonil
 diciendo que es un don Gil,
 en cuyo hábito padece,
 porque tú con este nombre
 andas aquí disfrazado
 y sus penas has causado.
 Su padre, en traje de hombre,
 todo de verde, la vio
 [una] noche, y que decía
 que a perseguirte venía,
 y aunque el buen viejo mandó
 decir cien misas por ella
 afirman que no ha cesado
 de aparecerse.

MARTÍN: El cuidado
 causé yo de su querella.

QUINTANA: ¿Y es verdad, señor, que aquí
 te llamas don Gil?

MARTÍN: Mi olvido
 y ingratitud ha querido
 que me llame, amigo, ansí.
 Vine a esta Corte a casarme,
 y ofendiendo su belleza
 codiciando la riqueza
 de una doña Inés, que a darme
 el justo castigo viene
 que mi crueldad mereció.
 En don Gil me transformó

mi padre; la culpa tiene
destas desgracias, Quintana,
su codicia y interés.

QUINTANA: Pues no dudes de que es
el alma de doña Juana
la que por Valladolid
causa temores y miedos
y dispone los enredos
que te asombran en Madrid.
Pero, ¿piénsaste casar
con doña Inés?

MARTÍN: Si murió
doña Juana, y me mandó
mi avaro padre intentar
este triste casamiento,
no concluirle sería
de algún modo afrenta mía.

QUINTANA: ¿Cómo saldrás con tu intento,
si una alma del purgatorio
a doña Inés solicita
y la esperanza te quita
que tienes del desposorio?

MARTÍN: Misas y oraciones son
las que las almas amansan,
que, en fin, con ellas descansan.
Vamos, que en esta ocasión
en el Carmen y Vitoria
haré que se digan mil.

QUINTANA: (A puras misas, don Gil,
os llevan vivo a la gloria.)

Aparte

Vanse. Doña INÉS y CARAMANCHEL

INÉS: ¿Dónde está vuestro señor?

CARAMANCHEL: ¿Sélo yo, aunque traiga antojos
y le mire con más ojos
que una puente? Es arador
que de vista se me pierde;
por más que le busco y llamo
nunca quiere mi verde amo
que en sus calzas me dé un verde.
Aquí le vi no ha dos credos;
y aunque estaba en mi presencia,
cual dinero de Valencia
se me perdió entre los dedos;
mas tal anda el motolito
por una vuestra vecina,
que es hija de Celestina,
y le gazmió en el garlito.

INÉS: ¿A vecina nuestra quiere
don Gil?

CARAMANCHEL: A una doña Elvira,
desde que le sirvo, mira
de tal suerte que se muere,
señora, por sus pedazos.

INÉS: ¿Sabéis vos eso?
 CARAMANCHEL: Sé yo
 que esta noche la pasó,
 cuando menos, en sus brazos.
 INÉS: ¿Esta noche?
 CARAMANCHEL: Sí, ¿os remuerde
 la conciencia?, y otras mil,
 que aunque es lampiño el don Gil,
 en obras y en nombre es verde.
 INÉS: Vos sois un grande hablador
 y mentís; porque esa dama
 es mujer de buena fama
 y tiene mucho valor.
 CARAMANCHEL: Si es verdad o si es mentira,
 lo que digo sé por él
 y por el dicho papel

Enseñasele

que traigo a la tal Elvira.
 Está su casa cerrada
 y mientras que vuelve a ella
 paje, escudero o doncella,
 que no debe haber criada
 que no sepa lo que pasa,
 y el papel la pueda dar,
 a mi amo entré a buscar
 por si estaba en vuestra casa.
 INÉS: ¿De don Gil es ése?
 CARAMANCHEL: Sí.
 INÉS: Pues bien, ¿por fuerza ha de ser
 de amores?
 CARAMANCHEL: Llegá a leer
 [vos] lo que podáis aquí,

Por entre las dobleces del papel

que yo, que siempre he pecado
 de curioso y resabido,
 las razones he leído
 que hacia aquí se han asomado.

Enseñale leyendo

¿Aquí no dice: "Inés vengo.. deseo me da... disgusto"?

¿No dice aquí: "plazo justo..."
 y allí: "noche... gusto tengo..."
 y hacia aquella parte: "tarde...
 amor... a doña.. a ver voy..."
 y a aquel lado: "[vuestro] soy...",
 luego: "mío. El cielo os guarde"?
 ¡Ved si es barro el papelillo!
 Todo esto es plata quebrada:
 saque vusté, si le agrada,
 el hilo por el ovillo.

INÉS: A lo menos sacaré,

Quítasele

leyéndole, el falso trato
 de un traidor y de un ingrato.
 CARAMANCHEL: Eso nones; suéltele,
 que me reñirá don Gil.
 INÉS: Alcahuete, ¿he de dar voces?
 ¿He de hacer que os den mil coces?
 CARAMANCHEL: Dos da un asno, que no mil.

Ábrele y léele

INÉS: "No hallo contento y gusto
 cuando con vos no le tengo
 puesto que a ver a Inés vengo
 a costa de mi disgusto.
 Ya deseo el plazo justo
 de volver a hacer alarde
 de mi amor, y aunque esta tarde
 a ver a doña Inés voy,
 no os dé celos. Vuestro soy,
 dueño mío. El cielo os guarde."

¡Qué regalado papel!
 A su dueño se parece:
 tan infame que apetece
 las sobras de don Miguel.
 ¿Doña Inés le da disgusto?
 ¡Válgame Dios! ¿Ya empalago?
 ¿Manjar soy que satisfago,
 antes que me pruebe, el gusto?
 ¿Tan bueno es el de su Elvira
 que su apetito provoca?
 CARAMANCHEL: No es la miel para la boca
 del etcétera.
 INÉS: La ira
 que tengo es tal que dejara

un ejemplo cruel de mí
a estar el mudable aquí.

Un CRIADO

CRIADO: Mi señora doña Clara
viene a verte.

Vase el CRIADO

INÉS: Pretendiente
es también de este galán
empalagado; a don Juan,
que mi amor celoso siente,
he de decir que le mate,
y me casaré con él.
Llevad vos vuestro papel

Arrójasele

a esa dama, que es remate
del gusto que en él confiesa,
que aunque no es Lucrecia casta
para tan vil hombre basta
plato que sirvió a otra mesa.

Vase

CARAMANCHEL: ¡Malos años la pimienta
que lleva la doña Inés!
No le comerá un inglés.
¡Qué mal hice en darla cuenta
del papel! No fui discreto;
mas purguéme en su servicio
porque en gente de mi oficio
es cual ruibarbo un secreto.

Vase. QUINTANA y doña JUANA, de hombre

QUINTANA: Misas va a decir por ti
en fe que eres alma que anda
en pena.

JUANA: ¿Pues no es así?

QUINTANA: Mas no deja la demanda
de doña Inés.

JUANA: ¡Ay de mí!

A mi padre tengo escrito
como que a la muerte estoy
por don Martín, que en delito
de que esposa suya soy
y de adorarle infinito,
de puñaladas me ha dado,
dejándome en Alcorcón;
que loco de enamorado
por doña Inés, su afición
a matarme le ha obligado.

Escríbole que ha fingido
ser un don Gil de Albornoz,
porque con este apellido
encubra la muerte atroz
que mi amor ha conseguido,
que todo es castigo injusto
de una hija inobediente
que contra su honor y gusto
de su patria y casa ausente
ocasiona su disgusto;
pero que si algún amor
le merezco, y éste alcanza
en mi muerte su favor,
satisfaga su venganza
las pérdidas de mi honor.

QUINTANA: ¿Pues para qué tanto ardid?

JUANA: Es para que desta suerte
parta de Valladolid
mi padre y pida mi muerte
a don Martín en Madrid;
que he de perseguir, si puedo,
Quintana, a mi engañador
con uno y con otro enredo
hasta que cure su amor
con mi industria o con su miedo.

QUINTANA: Dios me libre de tenerte
por contraria.

JUANA: La mujer
venga agravios desta suerte.

QUINTANA: A hacerle voy a entender
nuevas chanzas de tu muerte.

Vase QUINTANA. Sale doña CLARA

CLARA: Señor don Gil, justo fuera,
sabiendo de cortesía
tanto, que para mí hubiera
un día... ¿qué digo un día?
una hora, un rato siquiera.

También tengo casa yo
como doña Inés; también
hacienda el cielo me dio;
y también quiero yo bien
como ella.

JUANA: ¿A mí?

CLARA: ¿Por qué no?

JUANA: A saber yo tal ventura,
creed, bella doña Clara,
que por lograrla segura,
fuera, si otro la gozara,
pirata desa hermosura.

Mas como de mí imagino
lo poco que al mundo importo,
ni sé ni me determino
a pretender; que en lo corto
tengo algo de vizcaíno.

Por Dios, que desde que os vi
en la huerta, el corazón,
nueva salamandria, os di,
llevándoos vos un girón
del alma que os ofrecí,
mas ni sé dónde vivís,
qué galán por vos se abrasa,
ni qué empleos admitís.

CLARA: ¿No? Pues sabed que mi casa
es a la Red de San Luis;
mis galanes más de mil;
mas quien en mi gusto alcanza
el premio por más gentil
es verde cual mi esperanza
y es en el nombre don Gil.

JUANA: Esta mano he de besar

Bésasela

porque del todo me cuadre
favor tan para estimar.

Sale doña INÉS [y queda apartada]

INÉS: Como me llamó mi padre,
fuéme forzoso dejar
a mi prima por un rato.
¿Mas no es el que miro, ¡cielos!

don Gil el falso, el ingrato,
 el que cebando mis celos
 es de mi opuesta retrato?

¡La mano pone en la boca
 de mi prima! ¿No es encanto
 que hombre de barba tan poca
 se atreva a ser para tanto?
 ¡A qué furia me provoca!

Quiero escuchar desde aquí
 lo que pasa entre los dos.

CLARA: En fin, ¿os morís por mí?
 ¡Buena mentira!

JUANA: Por Dios,
 que no me tratéis ansí.
 Desde el día que en la huerta
 os vi, hermosa doña Clara,
 para mi ventura abierta,
 ni tuve mañana clara
 ni noche segura y cierta,
 porque la pesada ausencia
 de la luz desa hermosura,
 sol que mi amor reverencia,
 noche es pesada y oscura.

CLARA: No lo muestra la frecuencia
 de doña Inés que os recrea,
 y es todo vuestro interés.

JUANA: ¿Yo a doña Inés, mi bien?

CLARA: Ea.

JUANA: Vive Dios, que es doña Inés
 a mis ojos fría y fea;
 si Francisca se llamara,
 todas las efes tuviera.

INÉS: (¡Qué buena don Gil me para!) **Aparte**

JUANA: (¡Mas si doña Inés me oyera!) **Aparte**

INÉS: (¡Y le creará doña Clara!) **Aparte**

CLARA: Pues si no amáis a mi prima,
 ¿cómo asistís tanto aquí?

JUANA: Eso es señal que os estima
 la libertad que os rendí
 y en vuestros ojos se anima,
 porque como no sabía
 dónde vivís y me abrasa
 vuestra memoria, venía
 por instantes a esta casa,
 creyendo que os hallaría
 alguna vez en ella.

CLARA: Es
 lindo modo de excusar
 vuestro amor.

JUANA: ¿Excusar?

CLARA: Pues,
 ¿había más de preguntar
 por mi casa a doña Inés?

JUANA: Fuera darla celos eso.
 CLARA: No quiero apurar verdades,
 don Gil. Que os amo os confieso
 y que vuestras sequedades
 me quitan el sueño y seso.
 Si un amor sencillo y llano
 [os] obliga, asegurad
 mi pena; dadme esa mano.
 JUANA: De esposo os la doy; tomad,
 que, por lo que en ello gano
 os la beso.
 INÉS: (¿Esto consiento?) **Aparte**
 CLARA: Mi prima me espera; adiós.
 Idme a ver hoy.
 JUANA: Soy contento.
 CLARA: Porque tracemos los dos
 despacio este casamiento.

Vase

JUANA: Ya que di en embelear
 salir bien de todo espero.
 A doña Inés voy a hablar.

Sale ella

INÉS: Enredador, embustero,
 pluma al viento, corcho al mar,
 ¿no basta que a doña Elvira
 engañes, que no repara
 en honras que el cuerdo mira,
 sino que a mí y doña Clara
 embeleque tu mentira?
 ¿A tres mujeres engaña
 el amor que fingir quieres?
 A salir con esa hazaña,
 casado con tres mujeres,
 fueras Gran Turco en España.
 Conténtate, ingrato infiel,
 con doña Elvira, relieves
 y sobras de don Miguel,
 que cuando sus gajes lleves
 y la escribas el papel
 que mis penas han leído,
 a ti te viene sobrado,
 en fe de poco advertido,
 fruto que otro ha desflorado
 y ropa que otro ha rotpido.
 JUANA: ¿Qué dices, mi bien?
 INÉS: ¿Tu bien?

Doña Elvira, cuyos brazos
sueño de noche te den,
te responderá. ¡Pedazos
un rayo los haga, amén!

JUANA: (Caramanchel la ha enseñado **Aparte**
el papel que me escribí
a mí misma; y heme holgado,
porque experimente en sí
congojas que me ha causado.)

A ella

¿Que Elvira te da sospecha?
en lo que dices repara.

INÉS: ¡No está mala la deshecha!
Dígale eso a doña Clara,
pues la tiene satisfecha
su amor, su palabra y fe.

JUANA: ¿Eso te ha causado enojos?
¿Luego nos viste? No fue
sino burla; por tus ojos,
que es una necia. Háblame,
vuélveme esos soles, ea,
que su luz mi regalo es.

INÉS: ¡Y dirá, por que le crea:
"Vive Dios, que es doña Inés
a mis ojos fría y fea"!

JUANA: ¿Pues crees tú que lo dijera
si burlar a doña Clara
de ese modo no quisiera?

INÉS: "Si Francisca se llamara
todas las efes tuviera".
Pues si tantas tengo, y mira
desechos de don Miguel,
que por mis prendas suspira,
casándome yo con él,
castigaré a doña Elvira.

Don Miguel es principal,
y su discreción, al fin,
ha dado clara señal
que en amar mujer tan ruin
y mudable hiciera mal.

Por mi esposo le señalo:
a mi padre voy a hablar,
que pues a mi gusto igualo
el suyo, hoy le pienso dar
la mano.

JUANA: (Esto va muy malo.) **Aparte**

A ella

¿Con remedios tan atroces
castigas una quimera?
Oye, escucha.

INÉS: Si doy voces,
haré que por la escalera
os eche un lacayo a coces.

JUANA: Por Dios, que por más cruel
que seas, has de escuchar
mi disculpa, y que soy fiel.

INÉS: ¿No hay quien se atreva a matar
a este infame? ¡Ah, don Miguel!

JUANA. ¿Don Miguel está aquí?

INÉS: ¿Quieres
trazar ya alguna maraña?
Aquí está; de miedo mueres.

A voces

Éste es don Gil, el que engaña
de tres en tres las mujeres.
Don Miguel, véngame dél;
tu esposa soy.

JUANA: Oye, mira...

INÉS: ¡Muera este don Gil cruel,
don Miguel!

JUANA: ¡Que soy Elvira!
¡Lleve el diablo a don Miguel!

INÉS: ¿Quién?

JUANA: Doña Elvira ¿En la voz
y cara no me conoces?

INÉS: ¿No eres don Gil de Albornoz?

JUANA: Ni soy don Gil, ni des voces.

INÉS: ¿Hay enredo más atroz?
¿Tú doña Elvira? ¿Otro engaño?
Don Gil eres.

JUANA: Su vestido
y [semejanza] hizo el daño.
Si esto no te ha persuadido,
averigua el desengaño.

INÉS: ¿Pues qué provecho interesa
tu embeleco?

JUANA: ¡Vive Dios,
que no ser don Gil me pesa
por tí, y que somos las dos
pata para la traviesa!

INÉS: En conclusión, ¿he de darte
crédito? No vi mayor
semejanza.

JUANA: Por probarte
y ver si tienes amor
a don Miguel pudo el arte
disfrazarme y es así
que una sospecha cruel
me dio recelos de ti.

Creyendo que a don Miguel
amabas, yo me escribí
el papel que aquel criado
te enseñó, creyendo que era
don Gil quien se le había dado,
y dije que te le diera
por modo disimulado
y que advirtiese por él
tus celos, y si intentabas
usurparme a don Miguel.

INÉS: ¡Extrañas industrias!

JUANA: Bravas.

INÉS: ¿Qué tú escribiste el papel?

JUANA: Y a don Gil pedí el vestido
prestado, que está por ti
de amor y celos perdido.

INÉS: ¿De amor y celos por mí?

JUANA: Como el suceso ha sabido
de don Miguel, cuya soy,
no apetece prenda ajena.

INÉS: Confusa y dudosa estoy.

JUANA: Ingeniosa traza.

INÉS: Buena,

y de suerte que aún no doy
crédito a que eres mujer.

JUANA: ¿Pues cómo haremos que quedes
segura?

INÉS: Así se ha de hacer:
vestirte en tu traje puedes,
que con él podremos ver
cómo te entalla y te inclina.
Ven y pondráste un vestido
de los míos; que imagina
mi amor en ése fingido
que eres hombre, y no vecina.
Ya se habrá ido doña Clara.

JUANA: ¡Buena irá!

INÉS: (¡Qué varonil **Aparte**
mujer! Por más que repara
mi amor dice que es don Gil
en la voz, presencia y cara.)

Vanse. Salen CARAMANCHEL y don JUAN

JUAN: ¿Vos servís a don Gil de Albornoz?

CARAMANCHEL: Sirvo
a un amo que no veo en quince días
que ha que como su pan. Dos o tres veces
le he hallado desde entonces. Ved qué talle
de dueño en relación; ¡pues decir tiene
fuera de mí otros pajes y lacayos!,
yo solamente y un vestido verde
en cuyas calzas funda su apellido,
que ya son casa de solar sus calzas,
posee en este mundo, que yo sepa.

Bien es verdad que me pagó por junto,
 desde que entré con él hasta hoy, raciones
 y quitaciones, dándome cien reales.
 Pero quisiera yo servir a un amo
 que me holeara cada instante. "¡Hola
 Caramanchel! Limpiadme estos zapatos;
 sabed cómo durmió doña Grimalda;
 id al Marqués, que el alazán me empreste;
 preguntad a Valdés con qué comedia
 ha de empezar mañana", y otras cosas
 con que se gasta el nombre de un lacayo.
 ¡Pero que tenga yo un amo en menudos
 como el macho de Bamba, que ni manda,
 ni duerme, come o bebe, y siempre anda!

JUAN: Debe de estar enamorado.

CARAMANCHEL: Y mucho.

JUAN: ¿De doña Inés, la dama que aquí vive?

CARAMANCHEL: Ella le quiere bien, pero ¿qué importa,
 si vive aquí, pared en medio, un ángel?
 Que aunque yo no la he visto, a lo que él dice,
 es tan hermosa como yo, que basta.

JUAN: Soislo vos mucho.

CARAMANCHEL: Viéneme de casta.

Este papel la traigo; mas de suerte
 simbolizan los dos en condiciones,
 que jamás doña Elvira o doña Urraca
 para en casa, ni en ella hay quien responda,
 pues con ser tan de noche, que han ya dado
 las once, no hay memoria de que venga
 quien lástima de mí y el papel tenga.

JUAN: ¿Y que ama doña Inés a don Gil?

CARAMANCHEL: Tanto
 que abriéndome el papel y conociendo
 lo que por él decía a doña Elvira
 hizo extremos de loca.

JUAN: Y yo los hago
 de celos. ¡Vive Dios, que aunque me cueste
 vida y hacienda, tengo de quitarla
 a todos cuantos Giles me persigan!
 En busca voy del vuestro.

CARAMANCHEL: ¡Bravo Aquiles!

JUAN: Yo agotaré, si puedo, los don Giles.

**Vase. De mujer doña JUANA y doña
 INÉS**

INÉS: Ya experimento en mi daño
 la burla de mis quimeras:
 don Gil quisiera que fueras,
 que yo adorara tu engaño.

No he visto tal semejanza
 en mi vida, doña Elvira:
 en ti su retrato mira
 mi entretenida esperanza.

JUANA: Yo sé que te ha de rondar

esta noche, y que te adora.
 INÉS: ¡Ay, doña Elvira ya es hora!
 CARAMANCHEL: Doña Elvira, oí nombrar.
 Aquélla sin duda es
 que con doña Inés está.
 El diablo la trajo acá,
 que estando con doña Inés
 mal podré darla el papel
 que mi don Gil la escribió,
 y ya su merced leyó.
 Hermano Caramanchel,
 a palos me vais oliendo.

A INÉS

¡Hola! ¿Qué buscáis aquí?
 CARAMANCHEL: ¿Sois vos doña Elvira?
 JUANA: Sí.
 CARAMANCHEL: ¡Jesús! ¿Qué es lo que estoy viendo?
 ¿Don Gil con basquiña y toca?
 No os llevo más la mochila.
 ¿De día Gil, de noche Gila?
 ¡Oxte, puto, punto en boca!
 JUANA: ¿Qué decís? ¿Estáis en vos?
 CARAMANCHEL: ¿Qué digo? Que sois don Gil
 como Dios hizo un candil.
 JUANA: ¿Yo don Gil?
 CARAMANCHEL: Sí, juro a Dios.
 INÉS: ¿Piensas que soy sola yo
 la que tu presencia engaña?
 CARAMANCHEL: Azotes dan en España
 por menos que eso. ¿Quién vio
 un [hembrimacho] que afrenta
 a su linaje?
 INÉS: Esta dama
 es doña Elvira.
 CARAMANCHEL: Amo, o ama,
 despídome: hagamos cuenta.
 No quiero señor con saya
 y calzas, hombre y mujer,
 que querréis en mí tener
 juntos lacayo y lacaya.
 No más amo hermafrodita,
 que comer carne y pescado
 a un tiempo no es aprobado.
 Despachad con la visita
 y adiós.
 JUANA: ¿De qué es el espanto?
 ¿Pensáis que vuestro señor
 sin causa me tiene amor?
 Por parecerseme tanto
 emplea en mí su esperanza.
 Díselo tú, doña Inés.
 INÉS: Causa suelen decir que es
 del amor la semejanza.

CARAMANCHEL: Sí, ¿mas tanta? No, par Dios.
 ¿A mí engañifas, señora?

JUANA: Y si viene antes de un hora
 don Gil aquí y a los dos
 nos veis juntos, ¿qué diréis?

CARAMANCHEL: Que hablé por boca de ganso.

JUANA: [Él humilde vendrá y manso,]
 y vos a él mismo le hablaréis,
 conociendo la verdad.

CARAMANCHEL: ¿Dentro un hora?

JUANA: Y a ocasión
 que os admire.

CARAMANCHEL: Pues chitón.

JUANA: En la calle le esperad,
 y subámonos las dos
 al balcón para aguardalle.

CARAMANCHEL: Bájome, pues, a la calle.
 Éste me dio para vos,

Dásele

mas rehusé por doña Inés
 [la] embajada.

JUANA: Ya es mi amiga.

CARAMANCHEL: Don Gil es, aunque lo diga
 el Conde Partinuplés.

Vanse. Sale don JUAN, como de noche

JUAN: Con determinación vengo
 de agotar estos don Giles,
 que agravian por medios viles
 las esperanzas que tengo.
 Dos son. ¿Quién duda que alguno
 su dama vendrá a rondar?
 O me tienen de matar
 o no ha de quedar ninguno.

Sale CARAMANCHEL [y queda a un lado]

CARAMANCHEL: A esperar vengo a don Gil,
 si calles ronda y pasea,
 que por Dios, aunque lo vea,
 no dos veces sino mil,
 no lo tengo de creer.

**A la ventana, doña INÉS y doña
JUANA, de mujer**

INÉS: ¡Qué extraordinario calor!
 JUANA: Pica el tiempo y pica amor.
 INÉS: ¿Si ha de venimos a ver
 mi don Gil?
 JUANA: ¿Y dudas deso?
 (Para poderme apartar **Aparte**
 de aquí, me vendrá a llamar
 brevemente Valdivieso,
 y podré, de hombre vestida,
 fingirme don Gil abajo.)
 JUAN: El premio de mi trabajo
 escucho; mi Inés querida,
 si no me engaña la voz,
 es la que a la reja está.
 INÉS: Gente siento. ¿Si será
 nuestro don Gil de Albornoz?
 JUANA: Háblale, y sal de esa duda.
 CARAMANCHEL: Un rondante se ha parado.
 ¿Si es mi don Gil encantado?
 JUAN: Llegad y hablad, lengua muda.
 ¡Ah de arriba!
 INÉS: ¿Sois don Gil?
 JUAN: (Allí la pica; diré **Aparte**
 que sí.)

Rebozado

Don Gil soy, que en fe
 de que en vos busco mi abril,
 en viéndoos, señora mía,
 mi calor pude templar.
 INÉS: Eso es venirme a llamar,
 por gentil estilo, fría.
 CARAMANCHEL: Muy grueso don Gil es éste.
 El que sirvo habla atiplado,
 si no es ya que haya mudado
 de ayer acá.
 JUAN: Manifieste
 el cielo mi dicha.
 INÉS: En fin,
 ¿que a un tiempo os abraso y hielo?
 JUAN: Quema amor; hiela un recelo.
 JUANA: (Sin duda que es don Martín **Aparte**
 el que habla. ¡Qué en vano pierdes
 el tiempo, ingrato, sin mí!)
 INÉS: (No parece él.) ¿Sois, decí, **Aparte**

don Gil de las calzas verdes?
 JUAN: Luego, ¿no me conocéis?
 CARAMANCHEL: Ni yo tampoco, par Dios.
 INÉS: Como me pretenden dos...
 JUAN: Sí. Mas vos, ¿a cuál queréis?
 INÉS: A vos, aunque en el hablar
 nuevas dudas me habéis dado.
 JUAN: Hablo bajo y rebozado,
 que es público este lugar.

Don MARTIN con vestido verde y OSORIO. [Quedan apartados y se acerca a los otros don MARTIN conforme indican los versos]

MARTÍN: Osorio, ya doña Juana
 muerta, como dicen, sea
 quien me persigue y desea,
 en la opinión de Quintana,
 que no goce a doña Inés;
 ya otro amante disfrazado
 el nombre me haya usurpado
 por ver cuán querido es,
 el seso de envidia pierdo.
 ¿Puede doña Inés amalle
 por de mejor cara y talla?
 OSORIO: No por cierto.
 MARTÍN: ¿Por más cuerdo?
 Tú sabes cuán celebrado
 en Valladolid he sido.
 ¿Por más noble o bien nacido?
 Guzmanana sangre he heredado.
 ¿Por más hacienda? Ocho mil
 ducados tengo de renta,
 y en la nobleza es afrenta
 amar el interés vil.
 Pues si sólo es porque vino
 con traje verde, yo y todo
 he de andar del mismo modo.
 OSORIO: (Ése es gentil desatino.) **Aparte**
 MARTÍN: ¿Qué dices?
 OSORIO: Que el seso pierdes.
 MARTÍN: Piérdale o no, yo he de andar
 como él y me han de llamar
 don Gil de las calzas verdes.
 Vete a casa, que hablar quiero
 a don Pedro.
 OSORIO: En ella aguardo.

Vase. [INÉS habla] a don Juan

INÉS: Don Gil discreto y gallardo,
poco amáis y mucho os quiero.

MARTÍN: ¿Don Gil? ¿Cómo? Éste es sin duda
quien contradice mi amor.
¿Si es doña Juana? El temor
de que en penas anda muda
mi valor en cobardía.
En no meterme me fundo
con cosas del otro mundo,
que es bárbara valentía.

INÉS: Gente parece que viene.

JUAN: Reconoceré quién es.

INÉS: ¿Para qué?

JUAN: ¿No veis, mi Inés,
que nos mira y se detiene?
Diré que pase adelante.
Entretanto me esperad.
Hidalgo.

MARTÍN: ¿Quién va?

JUAN: Pasad.

MARTÍN: ¿Dónde, si por ser amante
tengo aquí prendas?

JUAN: (Don Gil **Aparte**
es éste, el aborrecido
de doña Inés. Conocido
le he en la voz.)

CARAMANCHEL: ¡Oh qué alguacil
tan a propósito agora!
¡Y qué dos espadas pierde!

JUAN: Don Gil el blanco o el verde,
ya se ha llegado la hora
tan deseada de mí
y tan rehusada de vos.

MARTÍN: (Conocídoma ha por Dios; **Aparte**
y quien rebozado ansí
sabe quién soy no es mortal,
ni salió mi duda vana:
el alma es de doña Juana.)

JUAN: Dad de vuestro amor señal,
don Gil, que es de pechos viles
ser cobarde y servir dama.

CARAMANCHEL: ¿Don Gil estotro se llama?
A pares vienen los Giles.
Pues no es mi don Gil tampoco,
que hablara a lo caponil.

JUAN: Sacad la espada don Gil.

CARAMANCHEL: O son dos o yo estoy loco.

INÉS: Otro don Gil ha venido.

JUANA: Debe de ser don Miguel.

INÉS: Bien dices, sin duda es él.

JUANA: (¿Ya hay tantos de mi apellido? **Aparte**
No conozco a este postrero.)

JUAN: Sacad el acero, pues,
o habré de ser descortés.

MARTÍN: Yo nunca saco el acero
para ofender los difuntos,
ni jamás mi esfuerzo empleo
con almas, que yo peleo
con almas y cuerpos juntos.

JUAN: Eso es decir que estoy muerto

de asombro y miedo de vos.

MARTÍN: Si estáis gozando de Dios,
que así lo tengo por cierto,
o en carrera de salvaros,
doña Juana, ¿qué buscáis?
Si por dicha en pena andáis,
misas digo por libraros.
Mi ingratitud os confieso,
y ¡ojalá os resucitara
mi amor, que con él pagara
culpas de mi poco seso!

JUAN: ¿Qué es esto? ¿Yo doña Juana?
¿Yo difunto? ¿Yo alma en pena?

JUANA: ¡Lindo rato, burla buena!

CARAMANCHEL: ¿Almitas? ¡Santa Susana!
¡San Pelagio! ¡Santa Elena!

INÉS: ¿Qué será esto, doña Elvira?

JUANA: Algún loco; calla y mira.

CARAMANCHEL: ¿Almas de noche y en pena?
¡Ay Dios!, todo me desgrumo.

JUAN: Sacad la espada, don Gil,
o haré alguna hazaña vil.

CARAMANCHEL: ¡Oh quién se volviera en humo
y por una chimenea
se escapara!

MARTÍN: Alma inocente,
por aquel amor ardiente
que me tuviste y recrea
mi memoria, que ya baste
mi castigo y tu rigor.
Si por estorbar mi amor
cuerpo aparente tomaste
y llamándote en Madrid
don Gil, intentas mi ultraje;
si con ese nombre y traje
andas por Valladolid,
y no te has vengado harto
por el malogrado fruto,
ocasión de triste luto
que dio a tu casa el mal parto,
que no aumentes mis desvelos.
Alma, cese tu porfía,
que no entendí yo que había
en el otro mundo celos,
pues por más trazas que des,
ya estés viva, ya estés muerta,
o la mía verás cierta,
o mi esposa a doña Inés.

Vase

JUAN: ¡Vive el cielo, que se ha ido,
excusando la cuestión,
con la más nueva invención
que los hombres han oído!

CARAMANCHEL: ¿Lacayo Caramanchel
de alma en pena? ¡Esto faltaba!
Y aun por eso no le hallaba
cuando andaba en busca dél.
¡Jesús mil veces!

JUANA: Amiga,
averiguar un suceso
me importa. Adiós. Valdivieso
me espera abajo. Prosiga
la plática comenzada,
pues don Gil contigo está.

INÉS: ¿No te esperarás, y irá
contigo alguna criada?

JUANA: ¿Para qué, si un paso estoy
de mi casa?

A INÉS

Toma, pues,
un manto.
JUANA: No, doña Inés,
que en cuerpo y sin alma voy.

Vase

JUAN: Quiero volverme a mi puesto,
por ver si el don Gil menor
es hoy también rondador.

INÉS: En gran peligro os ha puesto,
don Gil, vuestro atrevimiento.

JUAN: Amor que no es atrevido
no es amor; afrenta ha sido.
Escuchad, que gente siento.

Sale doña CLARA, de hombre

CLARA: Celos de don Gil me dan
ánimo a que en traje de hombre
mi mismo temor me asombre;
¡a fe que vengo galán!

Por ver si mi amante ronda
a doña Inés y me engaña,
hice esta amorosa hazaña;
él mismo por mí responda.

JUAN: Aguardad, sabré quién es.

Apártase don JUAN y llega doña CLARA a la ventana

CLARA: Gente a la ventana está;
llegarme quiero hacia allá,
por si acaso doña Inés
a don Gil está esperando;
que él me tengo de fingir
por si puedo descubrir
los celos que estoy temblando.
¡Ah del balcón! Si merece
hablaros, bella señora,
un don Gil que en vos adora,
en fe que el alma os ofrece,
don Gil de las calzas soy
verdes, como mi esperanza.

CARAMANCHEL: ¿Otro Gil entra en la danza?
Don Giles llueve Dios hoy.

INÉS: (Éste es mi don Gil querido, **Aparte**
que en el habla delicada
le reconozco. Engañada
de don Juan, sin duda, he sido,
que es, sin falta, el que hasta aquí
hablando conmigo ha estado.)

JUAN: El don Gil idolatrado
es éste.

INÉS: (¡Triste de mí!
que temo que ha de matalle
este don Juan atrevido.)

Llégase don JUAN a doña CLARA

JUAN: Huélgome que hayáis venido
a este tiempo y a esta calle,
señor don Gil, a llevar
el pago que merecéis.

CLARA: ¿Quién sois vos que os prometéis
tanto?

JUAN: El que os ha de matar.

CLARA: ¿Matar?

JUAN: Sí, y don Gil me llamo,
aunque vos habéis fingido
que es don Miguel mi apellido.
A doña Inés sirvo y amo.

CLARA: (El diablo nos trujo acá. **Aparte**
Aquí os matan, doña Clara.)

Doña JUANA, de hombre

JUANA: A ver vengo en lo que para
tanto embeleco, y si está
doña Inés a la ventana
todavía, la he de hablar.

Sale QUINTANA [y habla a un lado con doña JUANA]

QUINTANA: Ahora acaba de llegar
tu padre a Madrid.

JUANA: Quintana,
persuadido que me ha muerto
don Martín en Alcorcón,
a tomar satisfacción
vendrá [aquí].

QUINTANA: Ténlo por cierto.

JUANA: Gente hay en la calle.

QUINTANA: Espera,
reconoceré quién es.

CLARA: ¿Don Gil sois?

JUAN: Y doña Inés
mi dama.

CLARA: ¡Buena quimera!

JUANA: ¡Ah caballeros! ¿Hay paso?

JUAN: ¿Quién lo pregunta?

JUANA: Don Gil.

CARAMANCHEL: Ya son cuatro, y serán mil.
¡Endiablado está este paso!

JUAN: Dos don Giles hay aquí.

JUANA: Pues conmigo serán tres.

INÉS: ¿Otro Gil? ¡Cielos! ¿Cuál es
el que vive amante en mí?

JUAN: Don Gil el verde soy yo.

CLARA: (Ya he vuelto mi miedo en celos. **Aparte**
A doña Inés ronda. ¡Cielos!
Sin duda que me engañó.
Dél me tengo de vengar.)

A ellos

Don Gil de las calzas verdes
soy yo sólo.

[QUINTANA habla] aparte a doña JUANA

QUINTANA: (El nombre pierdes:
dél te salen a capear
otros tres Giles.)

JUANA: Yo soy
don Gil el verde o el pardo.

INÉS: ¿Hay suceso más gallardo?

JUAN: Guardando este paso estoy;
o váyanse, o matarélos.

JUANA: ¡Sazonada flema a fe!

QUINTANA: Vuestro valor probaré.

CARAMANCHEL: ¡Mueran los Giles!

Echan mano y hiere QUINTANA a don JUAN

JUAN: ¡Ay, cielos!
Muerto soy.

JUANA: Por que te acuerdes
de tu presunción, después
di que te hirió a doña Inés
don Gil de las calzas verdes.

Vanse los tres

CLARA: (Pártome desesperada **Aparte**
de celos. ¿Mas no me dio
fe y palabra? Haréle yo
que la cumpla.)

Vase doña CLARA

INÉS: Bien vengada
de don Juan don Gil me deja.
Querréle más desde hoy.

Vase

CARAMANCHEL: Lleno de don Giles voy.
 Cuatro han rondado esta reja;
 pero el alma enamorada
 que por suyo me alquiló
 del purgatorio sacó
 en su ayuda esta gilada.
 Ya la mañana serena
 amanece. Sin sentido
 voy. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Que he sido
 lacayo de un alma en pena!

Sale don MARTÍN vestido de verde

MARTÍN: Calles de aquesta Corte, imitadoras
 del confuso Babel, siempre pisadas
 de mentiras, al rico aduladoras
 como al pobre severas, desbocadas;
 casas a la malicia, a todas horas
 de malicias y vicios habitadas:
 ¿Quién a los cielos en mi daño instiga
 que nunca falta un Gil que me persiga?
 árboles deste Prado, en cuyos brazos
 el viento mece las dormidas hojas,
 de cuyos ramos, si pendieran lazos,
 colgara por trofeo mis congojas,
 fuentes risueñas, que feríais abrazos
 al campo, humedeciendo arenas rojas,
 pues sabéis murmurar, vuestra agua diga
 que nunca falta un Gil que me persiga.
 ¿Qué delitos me imputan, que parece
 que es mi contraria hasta mi misma sombra?
 A doña Inés adoro. ¿Esto merece
 el castigo invisible que me asombra,
 que don Gil mis deseos desvanece?
 ¿Por qué, Fortuna, como yo se nombra?
 ¿Por qué me sigue tanto? ¿Es por que diga
 que nunca falta un Gil que me persiga?
 Si a doña Inés pretendo, un don Gil luego
 pretende a doña Inés, y me la quita.
 Si me escriben, don Gil me usurpa el pliego
 y con él sus quimeras facilita.
 Si dineros me libran, cuando llego
 hallo que este don Gil cobró la dita.
 Ya ni sé adónde vaya ni a quién siga,
 pues nunca falta un Gil que me persiga.

Salen QUINTANA, don DIEGO, viejo, y un ALGUACIL

QUINTANA: Éste es el don Gil fingido

a quien conoce su patria
por don Martín de Guzmán,
y el que ha muerto a doña Juana,
mi señora.

DIEGO: ¡Oh, quién pudiera
teñir las prolijas canas
en su sangre sospechosa,
que no es noble quien agravia!
Llegad, señor, y prendelde.

ALGUACIL: Dad, caballero, las armas.

MARTÍN: ¿Yo?

ALGUACIL: Sí.

MARTÍN: ¿A quién?

ALGUACIL: A la justicia.

MARTÍN: ¿Qué es esto? ¿Hay nuevas marañas?

Dalas

¿Por qué culpas me prendéis?

DIEGO: ¿Ignoras, traidor, la causa,
después de haber dado muerte
a tu esposa malograda?

MARTÍN: ¿A qué esposa? ¿Qué malogros?
De esposo le di palabra;
partíme luego a esta Corte.
Dicen que quedó preñada.
Si de malparir una hija
se murió, estando encerrada
en San Quirce, ¿tengo yo
culpa desto? Tú, Quintana,
¿no sabes la verdad desto?

QUINTANA: La verdad que yo sé clara
es, don Martín, que habéis dado
sinrazón de puñaladas
a vuestra inocente esposa,
y en Alcorcón sepultada
pide contra vos al Cielo,
como Abel, justa venganza.

MARTÍN: ¡Traidor! ¡Vive Dios!...

ALGUACIL: ¿Qué es esto?

MARTÍN: Que a no hallarme sin espada,
la lengua con que has mentido
y el corazón te sacara.

DIEGO: ¿Qué importa, tirano aleve,
que niegues lo que esta carta
afirma de tus traiciones?

MARTÍN. La letra es de doña Juana.

Léela para sí

DIEGO: Mira lo que dice en ella.
MARTÍN: ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Puñaladas
yo a mi esposa en Alcorcón?
¿Yo estuve en Alcorcón?
DIEGO: Basta;
Deja excusas aparentes.
ALGUACIL: Despacio haréis la probanza,
señor, de vuestra inocencia,
en la cárcel.
MARTÍN: Si quedaba
en San Quirce, como muestran
estas escritas palabras
de su mano y de su firma,
decid, ¿cómo pude darla
la muerte yo en Alcorcón?
DIEGO: Porque finges letras falsas
del modo que el nombre finges.

[Salen] Don ANTONIO y CELIO

ANTONIO: Ése es don Gil. En las calzas
verdes le conoceréis.
CELIO: Sí, que éstos don Gil lo llaman.
La palabra que le distes
a mi prima doña Clara,
señor don Gil, por justicia,
ya que vuestro amor la engaña,
venimos a que cumpláis.
DIEGO: Ésa es sin duda la dama
por quien a su esposa ha muerto.
MARTIN: ¿Queréis volverme esa daga?
Acabaré con la vida
pues mis desdichas no acaban.
ANTONIO: Doña Clara os quiere vivo
y como a su esposo os ama.
MARTIN: ¿Qué doña Clara, señores?
Que no soy yo.
ANTONIO: ¡Buena estaba
la excusa! ¿No sois don Gil?
MARTIN: Así en la Corte me llaman,
más no el de las calzas verdes.
ANTONIO: ¿No son verdes esas calzas?
CELIO: O habéis de perder la vida
o cumplir palabras dadas.
DIEGO: Quitarásela el verdugo,
levantando en una escarpia
su cabeza enredadora
antes de un mes en la plaza.
[CELIO:] ¿Cómo?
ALGUACIL: Mató a su mujer.
CELIO: ¡Oh, traidor!
MARTIN: ¡Oh, si llegara
a dar remate a mis penas
la muerte que me amenaza!

[Salen] FABIO y DECIO

FABIO: Ése es el que hirió a don Juan
en la pendencia pasada.
Con él está un alguacil.

DECIO: La ocasión es extremada.
Poned, señor, en la cárcel
a este hidalgo.

MARTÍN: ¿Hay más desgracias?

ALGUACIL: Allá va, pero ¿por qué
prenderle los dos me mandan?

FABIO: Hirió a don Juan de Toledo
anoche junto a las casas
de don Pedro de Mendoza.

MARTÍN: ¿Yo a don Juan?

QUINTANA: ¡Miren si escampa!

MARTÍN: ¿Qué don Juan, cielos? ¿Qué noche,
qué casa o qué cuchilladas?
¿Qué persecución es ésta?
Mirad, señores, que el alma
de doña Juana difunta,
que dicen que en penas anda,
es quien todos nos enreda.

DIEGO: ¿Luego habéisla muerto?

ALGUACIL: Vaya
a la cárcel.

QUINTANA: Aguardad;
que se apean unas damas
de un coche y vienen aprisa
a dar luz a estas marañas.

**Doña JUANA de hombre, don PEDRO, doña
INÉS, doña CLARA de mujer y don JUAN con banda al
brazo**

JUANA: ¡Padre de los ojos míos!

DIEGO: ¿Cómo? ¿Quién sois?

JUANA: Doña Juana,
hija tuya.

DIEGO: ¿Vives?

JUANA: Vivo.

DIEGO: ¿Pues no es tuya aquesta carta?

JUANA: Todo fue porque vinieses
a esta Corte donde estaba
don Martín hecho don Gil,
y ser esposo intentaba
de doña Inés, a quien di
cuenta desta historia larga,
y a poner remedio viene

a todas nuestras desgracias.
Yo he sido el don Gil fingido,
célebre ya por mis calzas,
temido por alma en pena,

[A MARTÍN]

por serlo tú de mi alma;
dame esa mano.
MARTÍN: Confuso
te la beso, prenda cara,
y agradecido de ver
que cesaron por tu causa
todas mis persecuciones.
La muerte tuve tragada.
Quintana contra mí ha sido.
JUANA: Volvió por mi honor Quintana.

[Don MARTÍN habla] a don DIEGO

MARTÍN: Perdonad mi ingratitud,
señor.
DIEGO: Ya padre os enlaza
el cuello quien enemigo
vuestra muerte procuraba.
PEDRO: Ya nos consta del suceso
y las confusas marañas
de don Gil, Juana y Elvira.
La herida no ha sido nada
de don Juan.
JUAN: Antes, por ver
que ya doña Inés me paga
finezas, tengo salud.
INÉS: Dueño sois de mí y mi casa.
PEDRO: Don Antonio lo ha de ser
de la hermosa doña Clara.
CLARA: Engañóme como a todos
don Gil de las verdes calzas.
ANTONIO: Yo medro por él mis dichas,
pues vos premiáis mi esperanza.
DIEGO: Ya, don Martín, sois mi hijo.
MARTÍN: Mi padre que venga falta
para celebrar mis bodas.

Sale CARAMANCHEL, lleno de candelillas el sombrero y calzas, vestido de estampas de santos con un caldero al cuello y un hisopo

CARAMANCHEL: ¿Hay quien rece por el alma
de mi dueño, que penando
está dentro de sus calzas?

JUANA: Caramanchel, ¿estás loco?

CARAMANCHEL: ¡Conjúrote por las llagas
del hospital de las bubas,
abernuncio, arriedro vayas!

JUANA: Necio, que soy tu don Gil.
Vivo estoy en cuerpo y alma.
¿No ves que trato con todos
y que ninguno se espanta?

CARAMANCHEL: Y ¿sois hombre o sois mujer?

JUANA: Mujer soy.

CARAMANCHEL: Esto bastaba
para enredar treinta mundos.

Sale OSORIO

OSORIO: Don Martín, agora acaba
vuestro padre de apearse.

PEDRO: ¿De apearse y no en mi casa?

OSORIO: Esperándoos está en ella.

PEDRO: Vamos, pues, porque se hagan
las bodas de todos tres.

JUANA: Y porque su historia acaba
don Gil de las calzas verdes.

CARAMANCHEL: Y su comedia con calzas.

FIN DE LA COMEDIA